

DON AURELIO JOSÉ MIGUEL ISAMAT

ANAQUE DE CATALANIA

/1947/

Florilegio

II

Venganza Antillana

La Musoteca

© 1968 ©

DON AURELIO JOSÉ MIGUEL ISAMAT

ANAQUE DE CATALANIA

VENGANZA ANTILLANA

/1965-1974/

Poema Dramático

Jornada I. El Cáliz de la Maldición. Composición /1965/. Publicación /2007/.

Jornada II. Luciérnagas de Jade. Composición /1972/.

Jornada III. La Flor Negra. Composición /1974/.

©

DON AURELIO JOSÉ MIGUEL ISAMAT

ANAQUE DE CATALANIA

DEDICATORIA

A Don Walter Luis Francisco Isamat, Anaque de Catalonia /1907 1969/.

Si, como río que a los mares fluye,
 La vida corre hacia la muerte astrosa
 En los marasmos de olvidada fosa;
 Si, como alud que de las cumbres huye,
 La paz desciende a la discordia vil;
 No extrañe al mundo que el pasado alegre
 A las torturas del dolor se integre,
 Ni que la lumbre de vital candil
 Su fuego vívido en la noche apague,
 Ni que la sombra en sus vacíos trague
 Las flamas albas de perpetuos cirios,
 Ni que la risa del ayer de lirios
 Se torne en mueca de voraz ponzoña;
 Mas, si es atroz que la borrasca abata
 De la familia el manantial de rosas,
 Y yazgan todas en mortuorias losas
 De mármol blanco cuya cruz de plata
 Las sombras manchan de olvidado muérdago,
 Mientras verdean opacados bronce
 Que pierden el rigor de sus esconces;
 Es más la angustia que atormenta el alma
 Cuando la envidia desastrada azota,
 Y el sable férreo del tumulto de odio
 Desangra el néctar de la santa calma,
 Por la esperanza rota,
 Y arranca la raíz de la familia
 Que sangra, muere y su efusión agota,
 O a la terrible tempestad se exilia.
 Si así el hogar aniquilarse puede
 Por la furia de bárbara anarquía,
 Cuando el honor a la sevicia cede,
 Y su rencor a la justicia arroja,
 Al menos quede en la distancia inmensa
 Un alarido que la voz recoja
 Del crisol que fenece sin defensa,
 Y que la turba degradada y sorda
 Callar no pueda con maldita horda
 Que todo arrasa cuando todo postra.
 Agoge bien, ¡oh tío!, mi poema
 Como la ofrenda a nuestro hogar en luto,
 Si sólo por ser ángaro impoluto
 Que los tumultos del furor arrostra.

JORNADA I
EL CÁLIZ DE LA MALDICIÓN

PERSONAJES

Don ANTONIO..... *Patricio, Conde de Rigalba, nacido en 1916.*
Don DIEGO *Patricio, nacido en 1920, hermano del anterior.*
Don VÍCTOR *Patricio, nacido en 1919, primo hermano de los anteriores.*
JULIO *Mayordomo, nacido en 1936.*
RAMÓN..... *Mayoral, nacido en 1939, hermano del anterior.*
GABRIEL *Paisano.*
Coro, Sirvientes, paisanos, chusma.

[*La acción transcurre en una hacienda, propiedad de Don ANTONIO, Don DIEGO y Don VÍCTOR, en las sierras de Cuba, tras el triunfo de la Revolución oclocrática de /1959/. Al comenzar la acción, Ramón ha sido nombrado mayoral de la hacienda recientemente, y Don Manuel, el padre de Don ANTONIO y Don DIEGO ha sido envenenado en su propio domicilio, y su sepelio concluido.*]

ACTO I

[*Sala: al foro, ventanas enrejadas, y tras ellas rosales, jazmines, arbustos, pinos y algún algarrobo en flor; dos puertas a cada lado; hogar de mármol a la derecha, con el blasón familiar en el manto de la chimenea. Blasón: en campo de azur, un castillo de oro; soportes: dos leones; manto de azur, forrado de armiños, con corona patricia. Muebles de caoba negra estilo renacimiento español. Don VÍCTOR mira un búcaro con rosas rojas.*]

VÍCTOR ¡Bellas, fragantes, encendidas rosas...!,
 ¡Como el recuerdo del pasado bellas!,
 ¡Fragantes cual las pálidas estrellas
 Con que brillan las flores delectosas
 De una brisa de amor!,
 ¡Encendidas cual fuego misterioso
 Que roe las entrañas en el foso
 Donde anida el dolor...!,
 ¡Oh, rosas!, el efímero pasado,
 Cual vosotras, fue vívido y hermoso,
 Mas, con iras fatales, ha llegado
 El presente luctuoso...
 ¡Cuánta angustia en el pecho se entroniza
 Por la ausencia que niega este presente
 Con su nido de pávida ceniza,
 Mas que el futuro con su luz desmiente,
 Al mostrar el desfile de sepulcros
 Que en los fértiles prados entreabren
 Sus voraces abismos... ¡Pero labren
 Mártires férreos epitafios pulcros
 Con la sangre vertida inútilmente!:
 ¡Busque yo libertad, aunque mi frente
 Nublare su blasón con mi partida,
 Que inútil es al Horco fratricida
 Desafiar tercamente.
 ¡Oh, rosas de rubí!, me recordáis,

Con el hámago negro de la hiél
 Que en vuestros hematíes rebosáis,
 A mi cónyuge fiel...
 ¡Así, flores fatídicas, matáis
 Mi añoranza con hálito cruel!
 Mas ya se ha ido mi adorada esposa,
 Con mis hijos, ¡al fin!, de nuestra tierra,
 ¡De esta patria que ayer fue venturosa,
 Mas está en los umbrales de la guerra!
 ¡Ah!, ¿quién pensaba en el pasado año
 Que tuviese algún día que partir
 A destierro feroz...? Mas ese daño
 No se puede impedir...
 No..., pues sé, con terrífico dolor
 Desde que estuve en la orgullosa Habana,
 Que ahora, sin más dudas, lo mejor
 Es partir de esta ínsula cubana.
 Me confunden, me agobian y me aterran
 Presagios tenebrosos...
 Antonio y Diego torpemente yerran
 Al formar unos juicios peligrosos...
 Mas, ¿qué hacer por su bien? Patria querida,
 Pues te invade soviética maldad,
 He de apurar mi rápida partida
 En busca de precisa libertad.

[Vase; entra JULIO.]

JULIO Al fin puedo a los condes con mi mano
 Dar el bélico golpe merecido,
 Con la ayuda valiente de mi hermano,
 Y el apoyo potente del Partido...
 Compro muerte y tormento con dinero
 Que la víctima dio,
 Y al golpear con estrépito severo,
 ¡Hasta firme poder obtengo yo!
 ¡Viva el pueblo cubano redimido!
 ¡Viva siempre, con lauro soberano,
 El gobierno cubano
 Que al obrero infeliz ha convertido
 En patrono supremo del tirano!

[Entra RAMÓN.]

RAMÓN ¿Me llamaste, buen Julio?
 JULIO Té llamé,
 Pues me fuerza el destino a que te hable
 De un asunto de tema deleznable,
 Pero grave también.

RAMÓN Dime.
 JULIO Bien sé
 Que sabes hace años, ciertamente,
 Que un día fue vilmente asesinado
 Nuestro amantísimo y austero padre,
 Por orden de aquel conde depravado
 Que ya guarda Satán eternamente.
 ¡Desde entonces, fatídico baladre
 En las dehesas de mi alma crece,
 Cuya fragancia venenosa aspiro,
 Mientras mi airado corazón padece.

RAMÓN Espera, hermano: continuar no puedo
Escuchando las iras de tu audacia.
Tus cóleras admiro...
Sé bien que aquello fue nuestra desgracia,
Un terrible, fatídico desastre,
Pues éramos pequeños todavía...

JULIO ¡No guardes, no, recuerdo de aquel conde
Que la furia terrífica no arrastre
Contra crímenes viles!

RAMÓN Aquel día
Su muerte fue castigo, mas no crimen.

JULIO ¡Castigo dices tu!, ¡tu!, ¿tú? ¿Te escucho...?
¡Hijastro más que hijo!
¡Las cóleras frenéticas que gimen
En los fosos oscuros de mi alma
Agitan su escozor fatal! ¡Exijo
Que revientes los pánicos que oprimen
El fuego de tu honor con yerta calma!
¿Castigo el homicidio traicionero?
Castigo..., ¡sí...!, por asesino experto
La bala hirió su corazón sincero...

RAMÓN Hermano, el Conde Don Manuel ha muerto;
Dejemos su sarcófago cubierto.

JULIO La muerte fue su reptador castigo...
Ahora no te espante
Lo que te debo revelar, hermano.
Espero que respetes lo que digo
En este triste y memorable instante,
Y no me agite mi desvelo en vano.

RAMÓN ¿Revelarme un secreto?

JULIO Un enorme secreto que no sabes:
Hubo en mi vida turbulenta un día
En que juré vengarme,
Por el Cielo, la Tierra y el Infierno,
Del negro ultraje a nuestro honor paterno,
O al abismo del Horco despeñarme.

RAMÓN ¡Ah...! Venganza..., y el conde fenecido...

JULIO No creo, Julio, ¡no!, que lo mataste.
Pero, ¿no ves, iluso, la verdad?
Ese conde de empeño denegrido
Fue nuestro azote funeral... Te baste,
Si razón necesitas para odiarlo,
La astucia de satánica crueldad
Que dejónos en huérfana indigencia,
A su amparo rijoso,
Desacrando, con bárbara insolencia,
En nuestra madre nuestro honor astraso.

RAMÓN ¡Cómo,...! ¿Qué...? Pero, Julio, lo mataste
El día que me hizo mayoral...

JULIO Su vino envenené, por darme gusto,
Con néctar de terrífico ceraste,
Aquella noche, bella en mi recuerdo...
¡Bella...!, ¡clara...!, ¡mortal...!
Y otro suplicio, cabalmente justo,
Aliento ahora, cual veneno lerdo,
Pero seguro, contra el nuevo cerdo.

En mi trémulo pecho se conjura
 El tremendo escuadrón de la venganza,
 Que al fiel de la fatídica balanza,
 Me arrebatan la ira y el rencor...
 ANTONIO Demasiado comprendo tu sorpresa,
 Y tu angustia comprendo, por desgracia,
 Que este nido de víboras me pesa
 Como el mismo universo... Pero parto,
 Pues quedarme sería pertinacia.
 Espero regresar para la cena,
 Aunque poco le importa a mi condena.

[Vase.]

JULIO ¡Si con firme sosiego
 Y la maña sagaz de astuto lobo
 Al fiel Antón contra su hermano Diego
 Pudiera concitar intensamente,
 Y de fácil manera
 Hacerle borbotar con vivo fuego
 De tan voraz rencor
 Que la paz de los dos descompusiera,
 Mi causa triunfaría cabalmente,
 Al saciar ellos mismos mi esperanza
 De fatal y terrífica venganza.
 Pero debo más bien enemistar
 Al conde con su primo,
 Pues es a Víctor (cautamente estimo)
 Al primero que debo eliminar,
 Ya que puede fielmente razonar
 Que les muestra mi astucia alguna senda
 Con la trampa tremenda
 De su mutua, completa destrucción...
 Busco, sí, la absoluta postración
 De su casa y su hacienda;
 Quiero arar con la sal sobre sus vidas,
 Quiero su angustia, su delirio y muerte,
 Y me valdré bien pronto de tal suerte
 De sentencias oscuras y escondidas,
 Que verán, como bólicos, perdidas
 Entre falsas y ambiguas realidades,
 En mi mente verdades
 Que Antonio ávidamente buscará,
 Sin saber que hallará
 Sólo trampas y oblicuas cavidades.

[Vase; entran Don VÍCTOR y Don Diego.]

VÍCTOR Es difícil, ¡oh, Diego!, comprender
 Este loco, ilusorio desvarío;
 Y me niego a creer
 Que fuese odiado mi querido tío.
 DIEGO No pudo aquel mortífero veneno,
 Por sí sólo caer en la bebida,
 Ni al asesino parecía bueno
 Al padre mío contemplar con vida.
 VÍCTOR No entiendo lo ocurrido.
 DIEGO El asesino aprovechó con maña
 De algún sirviente terminal descuido.
 VÍCTOR Quizá... Quizá... Inadvertencia extraña...

DIEGO ¿Lo dudas?
VÍCTOR Sí... No quedo convencido.
DIEGO Ni está segura mi eclipsada mente...
 No te olvides, ¡oh, Víctor ilusorio!,
 Que creemos, sin duda, seriamente
 Lo que ayer, por ridículo notorio
 Nadie osaba decir sin ser demente;
 Que otrora se creía,
 Por dogmáticas pruebas y por leyes,
 Que, al finar por la noche cada día,
 El carruaje del Sol se sepultaba
 En el reino de Océano. ¡Ay, greyes
 Que la terca ignorada resguardaba
 O alternativamente condenaba!

VÍCTOR Está bien..., está bien, querido primo;
 Acaso tengas toda la razón;
 Además, sabes siempre cuánto estimo
 Lo sagaz de tu alígera visión.
 Creo, Diego, que el vuelo de tu mente
 Llega siempre a la límpida verdad,
 Y por esta certeza solamente
 Tengo paz en mi tímida ansiedad.
 Está bien, aunque el alma se turbare,
 Que, si entre dudas túrbidas estoy,
 Entre dudas insólitas quedare
 Por el día de hoy.
 Mas no olvides, ¡oh, Diego!, que precisa
 Terminar con la tétrica zozobra,
 Y si el mal se divisa,
 No es el tiempo fugaz lo que nos sobra,
 Pues, aunque cubre su feroz idea,
 El gobierno falaz y socialista
 Ha encendido las flamas de la tea
 De implacable volcán materialista.

[Vase.]

DIEGO ¿Quién sería el diabólico asesino
 De mi padre, con tábida perfidia?
 ¿Quién podría sentir tan gran envidia
 De su honor impoluto y nacarino?
 Nadie tuvo jamás
 Legítima razón para matarlo,
 Mas podría envidiarlo
 Un hijo infamador de Satanás.
 Esa clase de pútrido motivo
 Puede Julio en su ánimo tener,
 Porque arde en su ser
 La airosa sangre de sirviente altivo;
 Con todo, me parece
 Que posee un magnífico dominio
 Que debe producir el exterminio
 Del rencor que envilece.
 ¡Son ya tántos los años...! Dieciocho
 Que su pérfido padre consiguió
 Con astucia y violencia secuestrarme
 Y tan lejos llevarme
 Que hasta dónde lo ignoro todavía...

Pidió fuerte rescate, mas lo hallaron
 Tres o cuatro soldados de la guardia,
 Mientras con burla y con crueldad impía
 Me golpeaba y hería... Dispararon
 Para herirlo tan sólo, mas cayó
 Sin sentido, sangrando, casi muerto,
 Y, después de un espasmo, quedo yerto,
 Y en mi presencia, sin hablar, murió...
 Aunque parezca insólita mentira,
 Tengo vida tan sólo por su muerte...
 ¡Tengo vida tan sólo por su muerte,
 Y parece mentira!
 Mas..., Julio ha sido cabalmente fiel,
 Y siempre respetuoso y servicial;
 Ha sido tan honrado y tan leal
 Que no concibo que matase él.
 Ramón, su hermano, tan humilde y bueno,
 Ama tanto la paz,
 Que no ha de ser en su piedad capaz
 De emplear el mortífero veneno...
 Cuando su padre criminal murió
 Quedaron a merced del desamparo,
 En noche negra sin la luz de un faro,
 Los dos hermanos huérfanos
 Que mi padre benéfico salvó.
 ¿Haría tanto y tan perverso mal
 Ramón...? No, ¡nunca! ¿Julio...? No. Mas, ¿cómo?
 ¡Hoy es Juliopreciado mayordomo,
 Y Ramón es dilecto mayoral!
 ¡Oh, sombras de maléfico destino!
 Pregunto sin cesar
 Quién ha sido el fanático asesino...
 ¡Busco una gota de escondido vino
 Perdida en los tumultos de la mar...
 Antonio pudo ser
 Por pasmosos anhelos de heredar;
 Y quienquiera lo pudo envenenar
 Por vicioso y diabólico placer;
 ¡Hasta Víctor lo pudo asesinar
 Si mantiene más pérfidos afanes
 Y hace múltiples planes
 De completo homicidio familiar.
 Mas, si pudo tronchar así su vida
 Con la herencia por único objetivo,
 ¡Yo también, con idéntico motivo,
 pude ser parricida!
 De mi hermano y mi primo
 En mi mente no tengo turbia dúbida,
 Pues esta muerte criminal y súbita
 Parricidio no fue. Y así lo estimo.

[*Entra Don ANTONIO.*]

¿Acaso traes, Antonio, de allá fuera
 Noticia buena, indiferente o mala
 Que rompa esta infeliz monotonía
 Que oprime nuestra mente en esta espera,
 Cuando la triste indagación resbala

ANTONIO Sin llegar a la lumbre todavía?
 ¿Noticia...? No, ninguna. ¡Ay, hermano!,
 Hace poco salí, mas no podía
 Seguir sin regresar... ¡Cuan inhumano
 Un agobio desértico me punza!
 Conculca mi alma la ansiedad impía.
 No importa, no, que la pasión nos unza
 A invencible dolor, mas el destino
 Sus cóleras no frena con mi duelo,
 Y quedo sin saber, en mi desvelo,
 Qué rumbo lleva mi fatal camino.
 ¡Ah!, ¡no entendemos de la vida nada!,
 Porque la luz del intelecto alumbra
 Con las sombras de duda inesperada
 Que abruma nuestra pálida razón,
 Y el alma con su voz apesadumbra.
 Sufrimos tanto esfuerzo y tanta lucha
 En la intensa, si breve, juventud,
 Aprendiendo las cosas tan complejas
 Que al estudio, con mágica ilusión,
 La mente absorta y confundida escucha,
 Buscando La sapiente plenitud
 De los preceptos de la nueva ciencia,
 O la verdad de tradición vetusta,
 Para ver, al final de nuestro esfuerzo,
 Que no entiende la pobre inteligencia
 El crimen vil cuyo furor asusta
 Ni la razón que con falaz retuerzo
 Infunde la mentira en la conciencia,
 Y ve virtud en la maldad injusta.
 Conocemos la esencia de las cosas:
 De la tierra, del éter y del agua,
 Por qué pueden volar las mariposas,
 Y despiden su fuego las estrellas
 Con blanca luz de persistente fragua,
 Por qué zumba el pequeño caracol,
 Por qué crepitan truenos las centellas,
 Por qué da luz fosforescente alúa,
 De qué se hace el avión y cómo actúa,
 Y a qué distancia nos calienta el Sol...
 ¡Así, por tal visión, nos ufanamos,
 Alzando fuertemente débil voz!
 Sin embargo, quedamos,
 Ante la intriga sin razón feroz,
 Sin saber lo que causa su fiereza,
 Sin saber lo que empuja su bajeza,
 Ni ver aún al criminal atroz,
 Que, frente a la efusión de la vileza
 De la intriga desnuda,
 Son ciego el ojo y la garganta muda.
 ¡Y la demencia en su furor posee
 Más razón que la lívida cordura...!
 Explícalo si no, que así se lee
 El designio fatal: con gran soltura,
 De la verdad en pos,
 Metimos por completo en breve urna

Mi alma persiguen tan terribles dudas
 Que zozobra mi efímera razón,
 Pues no responden ni las sombras mudas
 Cuando pido valiente solución.
 ¿Es posible que fuera el mismo Diego
 Parricida falaz...? ¿Mi primo hermano...?
 ¿Quién...? ¿Quién...? ¿Quién...? ¿Quién...? En dúbida me aniego...
 Mi pensamiento, de calumnias riego,
 Es ignorancia colosal en vano.
 Entre dudas y pávidas sospechas,
 Recelo, decepción, vacilación,
 El ánimo y la mente están maltrechas,
 Y colmadas de ruin hesitación.

[*Cae sentado.*]

¡Oh, larva que mi espíritu calcinas
 Con sombras asesinas...!
 Venganza clama mi doliente alma,
 Y venganza el herido corazón:
 No tendré paz, serenidad ni calma
 Hasta que el rayo destructor de Némesis
 Ultimare fatal consumación.

[*Levántase.*]

¡Muera el alma del pérfido asesino!
 ¡Muera el nombre maldito del traidor!
 ¡Con el rayo divino
 Quemaré de su espíritu cetrino
 El último vestigio de su ardor!
 Diego, Víctor, quienquiera, ¡no me importa!,
 Yo mismo si en fatídico accidente
 Vertí veneno criminal... ¡Es corta
 La vida del malvado delincuente!
 ¡Tiemble el aliento del voraz culpable!
 ¡Atérrese vilmente de su suerte,
 Que el soplo de mi cólera implacable
 Hará certera su esperada muerte!
 ¡Si en un descuido fui,
 Trémulo yo con tétrico pavor,
 Que el crúor de zafir que fluye en mí
 Por mi venganza lavará mi honor!

[*Desplómase en una silla; entra JULIO; en lo que sigue, Don ANTONIO está delirante, hasta que es obvio que se repone.*]

ANTONIO	¿Quién fue el infame malvado...? ¿Quién fue...?
JULIO	Señor..., Señor.
ANTONIO	¡Ah..., maldición!
JULIO	Señor.
ANTONIO	¡Oh, crimen, decepción! No sé...
JULIO	Señor Conde... ¡Señor!
ANTONIO	¡Oh, negra suerte!
JULIO	¡Oh, maldita, tremiente desventura!
ANTONIO	¿Cómo...? ¡Julio!
JULIO	¡Linfática tortura!
ANTONIO	¿Qué dices, Julio?
JULIO	¡Sinrazón! ¡Oh, muerte!
ANTONIO	¡Mayordomo! Contesta...
JULIO	Señor mío...,
ANTONIO	¿Qué angustia, Julio, te perturba así?

En nada puede ser tan importante,
Lo que importa lo sabes al instante.
Cáliz de muerte...

ANTONIO
[*JULIO empieza a irse despacio.*]

Déjame.

JULIO

¡Dolor...!

ANTONIO

¡Basta ya de infinitas tonterías,
Pues he pasado pésima la tarde!

JULIO

Pero mi alma arde
Contra el fatal traidor...

[*Vase.*]

ANTONIO

¡Basta! ¿Porfías?
¡Cuánto insólito absurdo! ¡Qué incoherencia!
Locuras sin razón ha discurrido...
Acaso esté aturdido
Por un enigma destructor... ¡Demencia!
Ha dicho muerte..., ¡Sí, muerte!, dolor.
No hay motivo tampoco..., no percató...
¡Pero habló del feroz asesinato
De mi padre! ¡Sin dudas! ¡Ay...! ¡Horror!

[*Levántase.*]

Sabe algo esencial, imprescindible,
Ignorado por mí, del homicidio...
Es algo que le envidio
Con vehemencia de flama incontenible.
¡Estállame la sien!
Algo dijo de un bárbaro traidor,
Sin dudas, del infame matador...
No fue Julio..., bien claro; pero, ¿quién...?
Tantas son mis ardientes conjeturas
Que una tiene que ser la verdadera...
¡Él dirá la verdad (o yo me muera),
De todas sus locuras!
Diego, Víctor, o acaso mi cuñada,
O Ramón, o quizás otro criado:
Quienquiera, con su mente socavada
Por insidia culpable... ¡Lo sabré!

[*Vase; entran Don DIEGO y Don VÍCTOR.*]

VÍCTOR

Siento, Diego, que de nada sirve
Ninguno de los férvidos afanes
Con que ansiamos finir estos desmanes
De angustias obstinadas y agonías
Por un mal consumado.

DIEGO

Hace sólo unos días
Que ocurrió tan terrible asesinato,
Aunque ya nos parece que se sabe
Cuanto detallé se sabrá. Si acato
No alcanzar la justicia punitoria
Contra el vil asesino, no me cabe
Desechar el empeño de lograrla.

VÍCTOR

Ya nada nuestro esfuerzo inquisitorio
Logrará precisar, porque no queda
Un rastro indicador. Oyeme, Diego:
Me parece preciso que se frene
La constante pesquisa que nos veda
Partir de esta prisión, que ya me arrobo

De tétrica pavora.
 El huracán que viene
 Es fuego abrasador... No me doblego
 A que un crimen ajeno me condene
 A ser esclavo de los buitres rojos.
 Hay certero peligro
 De quedar atrapados con cerrojos
 De tan inquebrantable tiranía,
 Que bajo sus diabólicos ultrajes
 Parecen escanciar con gallardía
 Los áspides salvajes
 Balsámica infusión de néctar suave
 Para que el alma sus escorias lave.

DIEGO No puedo estar de acuerdo: me parece
 Que debe proseguirse todavía
 La intención de punir al asesino
 Cuyo crimen inicuo me enfurece,
 Y, espumaje de frémito taurino,
 Mi sangre con furores enardece.

VÍCTOR Si buscamos al pérfido culpable,
 No podremos huir del comunismo
 Cuyas sombras de ténebre cinismo
 Elevan ya su inquina miserable.
 ¡Oh, Diego, ya nos queda poco tiempo!
 El decurso, con paso inexorable,
 Acrecienta sus fuerzas y su odio.

DIEGO ¡Disparate fatal! ¡Oh, no!, que dicen
 Los investigadores milicianos
 Que nosotros, ¡con nuestras propias manos!,
 El veneno vertimos.

VÍCTOR ¡Hostilicen
 Esos infames nuestro claro nombre
 Con la ley que sus miasmas utilicen!
 Me das con esto la razón ahora.
 En nada, Diego, su rencor te asombre,
 Pues pretenden cercarnos de infidencias
 Para ahogarnos mejor. La chusma atora
 Cuanta mentira quepa en sus sentencias.
 No pretendían imponer justicia,
 Sino hartar su soberbia miserable
 De consignas sociales.
 Si acabaron callando su sevicia,
 ¿Es seguir este asunto razonable?
 ¿Por qué te empeñas en buscarnos males?
 Abrirás este caso nuevamente,
 Y será nuestro fin.

DIEGO Si de repente
 Nos marchamos, ¡oh, Víctor ilusorio!,
 Nos juzgarán a todos criminales,
 Rompiendo su sigilo inquisitorio.

[*Entra Don ANTONIO.*]

VÍCTOR Antonio, llegas en un buen momento
 Para dar tu opinión,
 Terminar de una vez es ya mi intento
 Con la investigación que nos ocupa
 Sobre el crimen terrible.

ACTO II

[Capilla churrigueresca: a la diestra, altar mayor con una crucifixión; al foro, jardín; atardecer en que el rojo infunde todo el cielo; Don ANTONIO.]

ANTONIO Le pregunto a los lirios de la tierra,
 Le pregunto a las lilas primorosas,
 Dónde habita el amor, y, como glosas,
 Expanden sus fragancias por la sierra.
 Y voy a las montañas, y ante ellas
 Imploro por llegar hasta el amor;
 Y responden los ecos con fervor
 Que se pierde en las lívidas estrellas...
 Una noche estrellada, sin la Luna,
 Formulo entre las sombras mi dilema,
 Y en el éter fulgura su diadema
 El lucero testigo de una cuna.
 Ante el fuego del astro, lo conjuro,
 Por saber del amor, pues desespero;
 E, intuyendo ser mísero lucero,
 Ilumina la paz del heno puro.
 Yendo al heno, postrándome en sus hebras,
 La respuesta suplico a mi locura,
 Y entonces, con ternura,
 Me refleja virtudes que son santas.
 Y me humillo a las plantas
 Del altar de las místicas virtudes,
 ¡Y al hacerlo lo sé...! ¡Tú que recudes
 En vida, paz y luz,
 Te dejaste matar por tus esclavos,
 Traspasadas las manos por los clavos,
 Taladrados los pies contra la Cruz!
 ¡Solamente tu amor es verdadero!
 ¡No hay más amor como tu amor sincero!
 Señor divino de la Cruz sagrada
 Que al mundo en el madero poderoso
 Salvaste con tu aliento dadivoso,
 Atrayendo del mundo la mirada,
 No dejes que mi vida exasperada
 Se derroche en el leño tenebroso
 De este mundo falaz y vergonzoso
 Que corusca con negra llamarada.
 Haz, más bien, que me clave en el madero
 Con las manos y pies atravesados
 Por la hiel del humano desafuero
 Que destruye los cuerpos cercenados
 Con la furia letal de vil acero,
 Y el dolor de morir desamparados.

[Va al foro y mira hacia fuera.]

¡Oh, cielo como sangre de escarlata!,
 Pareces la volcánica fogata
 De un cataclismo universal. ¡Infunde
 La furia que tu cólera desata
 En este pecho donde el fuego cunde!
 Casi percibo el exabrupto interno

Del volcán que vomita su locura,
 Cuál dragón, en un rictus de bravura,
 Expulsando las flamas del Infierno.
 Deslumbra más, contra la noche oscura,
 Que la lumbre feroz que el Sol arroja,
 El fuego ardiente de la roca roja
 Al brotar por la sísmica fisura.
 ¡Tángo furor mi corazón despoja
 Del vuelo de su pobre fantasía!,
 Y, aunque el fuego iracundo me extasía,
 Su locura insondable me acongoja,
 Porque escucho la horrenda sinfonía
 Con que expele la roca su rugido,
 Y trémulo al oír, en un latido,
 El crujiente estertor de su agonía.
 ¡Eres, Sol, un volcán en tu bramido!
 ¡Eres luz de furor incomprendido!
 ¡Oh, Sol inmenso!, ¡dios de los antiguos!,
 Ven a mi alma con febril calor;
 Arranca mi mortífero dolor
 Con tus destellos de fulgor ambiguos,
 Como cimeras de lustral fervor.
 ¡Oh, tú que gloria y sangre ambas bebiste,
 Luz da a mi vida que fenece triste!

[Hay un eclipse.]

¡Espanto sideral! ¡Muere la lumbre!
 Cual disco negro, la luciente plata
 La luz del Sol ennegrecida mata...
 ¡Fugaz visión...! ¡Perpetua pesadumbre...!
 ¡Oh, negra perla que de horrenda tumba
 Surges en lava roja de volcán,
 Cuando el calor en iracundo afán
 Con rayo altivo el pedestal derrumba,
 Y, vuelca ondas que con lumbre van
 Ardiendo en rabia y refulgente ira,
 Al oro puro y a la nívea plata,
 Que agotas hueco negro en escarlata!,
 ¡Tu, pues tu noche mi terror inspira,
 Hieres el alma que llorando expira!
 Mientras miro tu cúpula tezada
 Que tornas en nocturna marejada,
 Observo que la cólera infinita
 La sangre brota de fusión maldita.
 ¡Qué inmensa combustión en el océano
 De sangre que en el alma se entroniza,
 Mientras el velo negro se desliza
 Con negra floración!
 ¡Oh, zéfiro, sacude mi amargura!
 ¡Oh, Luna del fragor y la tortura,
 A mi trémulo y yerto corazón
 Permite respirar la brisa pura
 Que apenas llega suavemente a mí,
 Pues ando por la senda carmesí
 De tétrica y fanática locura!
 Mueve, brisa, tu célica frescura
 Que arrebatara mi fiero frenesí,

Tú que en llegas, discurre y te vas,
 Del alma huyes y no vuelves más.
 Déjame oír el trino de las aves
 Que van lanzando al aire sus amores,
 Y aspirar el perfume de las flores
 Que al sueño abren, con fragantes llaves,
 Alegre vida de placeres suaves,
 Elíxir temporal de los dolores,
 Tú que llegas, discurre y te vas,
 Del alma huyes y no vuelves más.
 No permitas que pasen nuevamente
 Cadenas de infinito desvarío,
 Como fuego de lava en el estío,
 O los hielos en gélido torrente,
 Que acaban con el fuego de la mente,
 Y matan la frescura del rocío,
 Tú que llegas, discurre y te vas,
 Del alma huyes y no vuelves más...
 Pancarpia roja, púrpura y azul
 En el fuego de místico alhelí,
 Y tras un velo de sedoso tul,
 Sueños etéreos de eternal rubí;
 Sobre piélago azul de leves olas,
 Guirnaldas rojas de encarnadas rosas
 En el coral de las marinas fosas
 Y en el iris de blancas caracolas;
 Leves alas de púrpura y de oro;
 Leves sueños de nácar y zafir;
 ¡Todo en el alma lo arrebató el lloro
 Cuando empieza a sufrir...!
 ¡Todo, en el pecho con la paz parece!
 ¡Oh, Sol que gimes en el vil vacío
 Donde fluye la sombra con su río,
 Donde tu luz fenece!,
 No has sido tú quien solamente llora
 Con el alma embargada por hastío;
 Que todo ser en su amargura implora
 Partir del mundo y su rencor impío.
 Mas nadie sabe como tú ser eco
 Del triste pecho que palpita herido,
 Cuando fenece tu flameante fleco
 Bajo el eclipse de pavor fundido.
 ¡Luna, Luna!, permite al Sol brillante
 Que vuelva del vacío tenebroso,
 Cual faz fulgente de eternal coloso,
 A lanzar sus destellos y al instante
 Alentar con su fuego poderoso.
 ¡Ah, sí!, ya veo el deslumbrante riego
 Que asoma su corola sorprendente,

[Termina el eclipse.]

Y, cual deidad de nuevo omnipotente,
 Escancia por el cielo vivo fuego
 De luz feliz en cuyo ardor me aniego.

[Entra Don VÍCTOR.]

VÍCTOR

Antonio..., ¡qué celaje!, ¡qué cortina
 De fuego en el poniente!

Cual buitre infando y rabia viperina,
 Se enclava odiosa de la faz divina
 En hostia pura como vil afrenta.
 La piedra gules, cual zafírea roca,
 Purpúreo monte de esplendor vinático,
 Se enfrenta al mundo de livor fanático
 Que en sus orgías a su Dios sofoca.
 Avanza el Cáliz del Amor divino,
 Sanguífero holocausto de dolor;
 Avanza el Cáliz del celeste Amor,
 En su amargura derramando Vino.
 Si la ígnea turba, cual volcán de muerte,
 Con odio altivo, pérfido e iracundo,
 Su fuego arroja al Salvador del mundo,
 El Cáliz puro su perdón le vierte.
 Llega a la Cruz; el mundo envilecido
 Alza el Cáliz con vil sanguinolencia,
 Y envuelto en su profana vinolencia
 Clava y desangra al Dios escarnecido...
 Mira el Cáliz sanguífero doliente,
 Coágulo horrendo de pasión divina;
 Mira la turba histérica y endrina;
 Mira la cruz de Amor... Mira la gente.

[*Sitúase frente al altar.*]

¡Señor!, ¡Señor!, Vinaria Eucaristía,
 Tú que diste tu sangre generosa
 A cambio de la esponja vinagrosa
 Que te dimos con ciega alevosía,
 Hoy recibe la amarga desventura
 De los que sufren bajo el yugo impío
 De nuevas turbas, nuevo desvarío,
 Como expiación sanguinolenta y pura.
 Mas nos queda el pasado, primo mío:
 Aquel pasado que nos vio felices.
 ANTONIO ¿Burla infernal? ¿Imprecación? ¿Qué dices...?
 VÍCTOR Que, si el mal nos cobija a su albedrío,
 Nos quedan los recuerdos, y aun podemos
 Pensar en un futuro menos fiero
 Que el mal feroz que se avecina... Quiero
 El bien salvar que en nuestro hogar tenemos.
 ANTONIO ¡Triste recuerdo del pasado aciago
 En mil quimeras de escondidas sombras,
 Envuelto en humo, mi dolor me nombras,
 Cual cuervo obscuro entre tinieblas vago!
 Mira mi alma cual alondra triste
 De vuelo raudo por el aire enfermo,
 Para bajar al descampado yermo
 Que hierbas secas como pajas viste...
 No espere sueño de feliz futuro
 Romper el manto de la niebla densa,
 Que, concentrado por la pena intensa,
 Cubre cual noche de capuz obscuro.
 Nada en el tiempo por venir es bueno;
 El cruel pasado arrebató las flores,
 Dejando sólo el espinar, dolores,
 Tósigo uñoso..., cicuta veneno...

[Vase.]

VÍCTOR

Sigue tu sangre derramando, fuego...
 Sigue la muerte presagiando, tarde...
 Que ya tu furia entre mis furias arde,
 Y en las tinturas de tu luz me aniego.

[Arrodillase ante el altar.]

El horrendo suplicio que te azota,
 Aherrojando tus huesos a la Cruz,
 Ha saltado tu sangre, y una gota
 Enrojece la luz.
 Mas la gota de sangre como estrella,
 Palpitando en las nieblas ominosas,
 Engrandece las sombras de tu huella
 Con flamígeras rosas.
 No le es dado a las almas de los hombres
 Trascender ese velo purpurino,
 Ni buscar tras los ecos de tus nombres
 Tu cendal nacarino.
 Esa Cruz... Esa Cruz en el Calvario,
 Más que flama lumínica del Cielo,
 Es la sombra de eclipse funerario
 Tras negrísimo velo.
 Si se eleva la mente como adarga
 En defensa febril de la razón,
 No comprende tu muerte tan amarga
 En inmensa pasión.
 No comprende por qué la Luz gloriosa
 Se humillo ante las sombras del Infierno,
 Ni por qué la traición más espantosa
 Es el bálsamo eterno.
 No comprende por qué en la Cruz clavado
 Derramaste tu sangre y feneciste,
 Y al verdugo que hería tu costado
 Tu perdón le ofreciste.
 No comprende por qué tu voz celeste
 Fue olvidada por hombres temerosos
 A los pies de la Cruz, cuando tu veste
 Repartían furiosos.
 Pero Tú con el óleo de tu Lumbre,
 Enajenas su incrédula osadía,
 Porque busca elevarse hasta tu cumbre,
 Y no encuentra la vía.
 Esa Cruz... Esa Cruz en el Calvario
 Es también el enigma de tu Gloria,
 Y no encuentra la mente en su ideario
 Más eterna victoria,
 Porque tuvo tu frente por diadema,
 Más que horrenda corona con espinas,
 Una mitra de sol, como la gema
 De centellas divinas;
 Y si fue tu suplicio la victoria
 Del Demonio infernal de la traición,
 Opacaste su gloria con tu Gloria,
 En triunfal Redención.
 Y al surgir de la tumba de granito
 Do tu cuerpo quedaba embalsamado,

Se tragaron los fuegos al precito,
 Otra vez derrotado.
 Y por eso, aunque no te comprendamos,
 O extrañemos tu arcano proceder,
 Como siervos extáticos te amamos
 Y adoramos tu Ser.
 Y a tus plantas te alaban nuestras almas,
 Y se humillan al nombre de tu Honor,
 No esparciendo a tus pies humildes palmas,
 Sino férvido amor.

[Silencio largo; entra Don ANTONIO.]

ANTONIO Vi fuego en los aires; fuego en la tierra;
 Fuego en el pozo de azul manantial;
 Fuego maldito que ardía en la guerra,
 Alma angustiada en fatal funeral.
 Garras salían flameantes, de fierro,
 Garras con garfios de negro agujón,
 Toda la muerte con dientes de perro,
 Fuego que hirió mi letal corazón.
 Mar en la costa, convulso y airado,
 Golpes furiosos, con férrea maldad,
 Daba al peñón en la tierra clavado,
 Sílex echando a vil tempestad.
 Vi de la piedra salir un espanto,
 Largos colmillos de rojo mirar;
 Vi de las aguas surgir con mi llanto
 Dagas de plata que saben matar...
 Dagas, más dagas surgían convulsas;
 Dagas, puñales de faz argentina,
 Que beben, ¡oh, luz!, la sangre que pulsas,
 Flujo manando de cólera endrina.
 ¡Primo!, tal vi, cuando un golpe de humo
 Túrbido negro vertió por el cielo.
 ¡Tétrica vista...! ¡Oh, férreo desvelo...!
 ¡Crímenes vuelan...! ¡Me ahogo...! ¡Me abrumo!
 VÍCTOR Confía en el Señor; reza conmigo.
 ANTONIO Ten compasión de mi amargura.
 VÍCTOR Digo:

Cristo Jesús que estás crucificado,
 Sellando con la sangre y el dolor
 El nuevo testamento del amor
 Que amar ordena cual nos has amado.
 Libera, Dios, el corazón atado
 Al suplicio diabólico de horror
 Que aterra al alma inerte por temor
 De caer en las garras del pecado.
 Condúcenos con lumbre de esperanza
 Que arranque de nosotros el desvío
 Que en contra de las almas se abalanza:
 Sé la luz que nos cure el desvarío,
 Haciendo que cantemos la alabanza:
 Sagrado Corazón, en Ti confío.

[Vase Don ANTONIO.]

VÍCTOR ¡Oh, Padre nuestro que en el Cielo moras,
 Tu nombre se proclame victorioso,
 A nos venga tu reino portentoso

Y cúmplanse tus leyes regidoras
 En la Tierra infeliz en su desvelo
 Y en la vasta comarca de tu Cielo!
 Danos hoy nuestro pan de cada día,
 Y perdona el pecado destructor
 Como damos perdón al ofensor
 Por tu nombre, sin odio ni falsía.
 No nos dejes caer en tentaciones
 Y libera del mal nuestras acciones.
 Tengo el alma doliente y abatida,
 Y, como el Sol que en el ocaso muere,
 Bañada en rojo y púrpura encendida,
 Y solo ahogarse en el abismo quiere.
 Si celajes candentes se suspenden
 De la mar de los cielos en las nubes,
 Como túnicas rojas que se encienden
 Con la sangre rubí de los querubes,
 En mi alma se esparce la amargura
 De la luz que se pierde en la distancia,
 Y la sombra nocturna se apresura
 A matar el carmín de su arrogancia.
 ¡Oh, Señor de los piélagos, que vistes
 A los astros opacos con tu lumbre,
 Arrebata de mí las sombras tristes
 Que me embriagan de negra pesadumbre!
 Señor, la sangre que en mis venas llevo
 Me unge con blasón de augusta gloria;
 Guardar mi honra con orgullo debo:
 Sin honra todo es vanidad y escoria.
 Mas huyo y temo al enemigo acero;
 Humillo el alma ante el dolor indigno;
 Servil trémulo ante el tirano fiero;
 Febril me escondo del traidor maligno.

[*Entra Don DIEGO.*]

DIEGO

El Sol se acerca al mortecino ocaso,
 Cual ave errante de aleteo lene
 Que persigue las sendas del acaso,
 Al dejar de saber de donde viene;

[*Empieza a verse la Luna plena.*]

Y, subiendo la esfera de alabastro
 Al dosel de celajes borrascosos,
 Las brumas vuelven entre el claro astro
 A cubrir, con vapores tenebrosos,
 Las praderas siniestras de la muerte...
 Así es, así, Víctor, primo mío,
 Como siento en mi seno el alma inerte,
 Pues temores lejanos me atormentan
 En cavernas del ténebre vacío,
 Y temores inciertos me ensangrientan.
 Ha salido la Luna entre las nubes,
 Ámbar claro con sangre de las rosas;
 Hay luceros que brillan levemente
 En el vino febrífero del vaso
 Que se apaga fielmente,
 Pero nubes de sombras procelosas
 Por el cielo rojizo ya se expanden.

Quedan rayos del Sol en el ocaso,
 Como aún la esperanza a mí me enciende,
 Mas los lámpagos débiles no blanden
 Los punzantes fogajes de su aliento,
 Y, temblando entre dúbidas, me siento
 Como el sabio que ignora lo que entiende.

[Desaparece el crepúsculo.]

VÍCTOR Es muy justo que dudes todavía;
 Yo dudaba también hace algún tiempo,
 Pero sé que la paz desaparece
 Como el Sol que en la noche se obscurece;
 Mas, sabiendo que el Sol un nuevo día
 Volverá a refulgir con luz primeva,
 Temo y lloro que el astro de la patria
 De un ocaso perenne no se mueva.

DIEGO Si se ha hundido en la noche para siempre...
 ¡No lo creo! Perdona que no crea,
 Que tan solo dubite lo que auguras,
 Que no crea el horror que me aseguras,
 Que el espectro terrible de tu idea,
 Aunque tú me lo jures, no lo acepte.
 Mas la angustia me hiere con su filo,
 Aunque férrea armadura lo intercepte:
 Tengo dudas...; no puedo estar tranquilo,
 Y la Fe solamente me consuela;
 Si mi espíritu cauto se rebela,
 Pido a Dios que nos dé su amor clemente
 Y nos guíe con luz omnipotente.

[Vase; Don Víctor, en el foro, mira para fuera; la Luna ya está blanca; se ven esntrellas entre las nubes.]

VÍCTOR Perla de nácar que en el cielo moras,
 Espejismo de estrellas y cometas,
 Que al Sol de oro con tu plata retas
 En la quietud de las nocturnas horas,
 Si en el íntimo hielo del vacío
 A las nieblas noctívagas sujetas
 El imperio gentil de tu albedrío,
 ¿Cuántas veces tembló tu fuego frío,
 Semejante a la luz de las auroras,
 Al tocar en las gotas del rocío?
 ¿Y cuántas, cuando el Sol con sus saetas
 Te hiere a ti, tus palideces doras,
 Y la silente vaguedad imploras
 En que mueren los lívidos cometas?

[Arrodillase ante la crucifixión; nublaste lentamente el cielo, hasta quedar absolutamente obscuro.]

Sublime Cruz de patriarcal suplicio
 Que diste apoyo a Redentor tan fiel,
 De nuevo el mundo entre placer y vicio
 Adorará a Luzbel.
 De nuevo el vulgo con tenaz envidia
 Al Cristo ungido clavará en la Cruz,
 Cubriendo el Cielo la feroz perfidia
 Con infernal capuz.
 Madero santo en que sufrió martirio
 La Luz sagrada del eterno Amor,
 Envuelto en rosas, con albor de lirio,
 ¿Amenguaras mi horror?

¡Señor Jesús!, el pensamiento mío,
 ¿En vano vuela de tu Nombre en pos,
 Y me ha negado el sufrimiento impío
 Tu bendición de Dios?
 No más del alma la alevosa sombra
 Con niebla opaque la enlutada faz,
 Mi vague el alma por la obscura alfombra
 Sin redención ni paz.
 No más la frente que doblego inerte
 Fustigue el miedo de fatal dolor,
 Ni pueda el miedo de la misma muerte
 Aniquilar mi honor.
 Caiga el tirano que alegría encuentra
 En la mentira de traición feroz;
 Caiga la turba que en la patria entra
 Con sanguinaria voz.
 Caiga el villano y con maldad impía
 Mate y torture por postrera vez;
 Caiga el verdugo que al matar sonría
 Con perversión rahez.
 Mi honor herido como cóndor fiero,
 Alzando el vuelo de tu luz en pos,
 Proclame airado con su voz de acero
 La maldición de Dios.
 Dame valor para tomar la espada,
 Sin más vestigios de temor sutil,
 Y ser venganza de la patria airada,
 Sobre el tirano vil...
 No escucho, ¡Dios!, el tremolante grito
 De tu respuesta enardecer mi fe...
 ¿Debo partir cual desertor maldito...?
 ¡Señor, Señor, no sé...!
 ¿Me iré por siempre de mi patria amada...?
 ¿Me iré tras brumas de tristeza gris...?
 ¿Me iré como la alondra desolada
 A ignorado país...?
 ¿Partiré cual errante golondrina
 Que, perdido el sendero de su rumbo,
 Se envuelve entre la nieve nacarina,
 Mientras pronto sucumbo...?

[Empieza a escucharse una tormenta lejana.]

¿Por qué no infunde tu visión perfecta
 La respuesta feliz de su armonía?
 ¿Por qué me agobia, cual feroz arpía,
 El triste miedo de visión infecta?
 ¡Oh, Dios!, el ritmo de tremente acento,
 Chirriando su alarido desgarrante,
 La cresta hirsuta de pasión punzante
 Informa, cual terrífico esperpento,
 En el latente corazón que exhala
 La sangre del tormento.
 Escucho el grito, descendiente espira
 De buitre carroñoso bajo el ala
 Del vil dragón que en la penumbra cala
 El virus de su ira.
 No escucho el soplo mélico del Cielo

Con sus voces de lívida cadencia,
 Mientras la voz de mi fatal conciencia
 Aumenta mi desvelo.
 Esta noche perpetua de mi calma,
 Ningún lucero con fulgor alumbra,
 Y, luciérnaga efímera del alma,
 La esperanza fenece en su penumbra...
 Una lumbre gentil, cual soplo etéreo,
 Extiende por los mares de mi angustia,
 Llevando, como breve mariposa
 Que su vuelo reposa
 En el umbral de la floresta mustia,
 Un vívido fogar,
 Para rasgar la sombra misteriosa
 De hipnótico glaciár;
 Y en esa sombra lóbrega, sin risa,
 Permite fulgurar
 Las luciérnagas sacras que la brisa
 Impulsa levemente,
 Al brillar en sus pechos vivamente
 Helíaco cristal...
 ¡Oh, dame, Dios, el hálito clemente
 Que libre pronto mi oprimida mente
 De las tormentas del perenne mal...!
 ¡Oh, Señor!, tu victoria se avecine
 A los campos desiertos de la Tierra;
 El odio fratricida se termine,
 Y acaben los rencores y la guerra;
 ¡Clame el bien, aleluya!
 Tremolen las virtudes en los cielos;
 Alégrense cantantes serafines;
 Y cólmense los místicos anhelos
 De la Tierra en los últimos confines.
 ¡Clame el bien, aleluya!
 Llegue al óleo del Cielo cada vía;
 Toquen fiesta solemne las campanas;
 Cunda inmensa alegría
 Hasta el sol de las nébulas lejanas.
 ¡Clame el bien, aleluya!
 Mas no escucho tu voz omnipotente...
 ¿Abandonas mi páramo, ¿Señor...?
 No resuena la cántica ferviente
 Con que eleva el arcángel tu loor...
 ¡No se escucha. Señor, el aleluya!

[Arrecia la tormenta.]

Entonces, ¡patria mía!, ¿Partiré...?
 ¡Oh, triste fin de nuestra historia, Cuba!
 ¡La vil serpiente que tu mal encuba
 Ha triunfado por fin! ¿Y yo lo vivo...?
 ¡Oh, patria, moriré!
 ¡Y sufra, sí, mi corazón altivo
 La cobardía de su honor cautivo!

[Arrecian descargas eléctricas, aumentando, progresivamente; Don VÍCTOR se pone de pie.]

Adiós será, desventurada Cuba,
 Vergel querido, manantial que toma
 De rosas blancas el fragante aroma,

Elíxir suave, musical concierto
 Cuyo suspiro a consolar coadyuva
 Al triste pecho que delira yerto...
 El vil torrente de maldad sangrienta
 Hoy con la gloria entre sus garras cuenta,
 Mas, ¡ay!, no opone ante el tirano impío
 El patriciado su tonante brío,
 Y cae con saña la infernal afrenta
 Sobre la honra de la patria mía,
 Cual vil demonio de fragor mezquino
 Que vierte escoria de ominosa arpía
 En áureo cáliz de purpúreo vino.
 ¡Señor de los dolores y las penas,
 Oh, Dios del Cielo universal y eterno!,
 Si así ensangrienta con terror averno
 El suelo patrio la maldad fatal,
 Tú que la furia de los vientos frenas,
 ¿No puedes, ¡ay!, aniquilar el mal...?
 Mas, si hoy entregas al esfuerzo humano
 La suerte incierta del vergel cubano,
 ¡Mira, Señor, el huracán que arrojas!,
 Caeremos muertos por las hoces rojas;
 Será la lucha contra el odio en vano,
 Y Cuba herida y ultrajada y triste,
 Como alimaña empedernida y cruel,
 Tomará el fuego que el dominio viste
 Y hará con él su vestimenta infiel...
 ¡No más mi alma, cual cobarde, tema
 La muerte horrenda ni el martirio heroico,
 Mi patria pide sufrimiento estoico,
 Lo exige el crúor que surco tu faz!
 Pues, aunque fuere funeral diadema
 Mi honor airado ante Luzbel voraz,
 Permite, ¡oh, Dios!, que por tu Nombre santo
 Mi mano arrase el comunero espanto,
 Antes que el Soviet, con deicidia fiera,
 Haga que Cuba, la cristiana, muera.
 ¡No importa nada padecer quebranto!
 ¡Mi pecho ya de su aflicción no huye,
 Ni temo el mal que en sus furiosos vierta
 La Augusta sangre que en mis venas fluye
 Sobre las llagas de la patria muerta!

[Desátase una horrisona tempestad con truenos y ventisca. Telón. Fin del Acto II.]

ACTO III

[Salón de música: piano de cola; al foro, puertas, a través de las que se puede ver un vergel, y, detrás, pinar y lomas; Don ANTONIO y JULIO.]

ANTONIO Creo, Julio, que debo confesarte
 Lo mucho que me tienes preocupado,
 Pues ayer parecías fatigado,
 Con pensamientos divagando aparte.
 JULIO Perdóname esta vez, ¡oh, Señor Conde!

ANTONIO Espero que no vuelva a suceder.
Mas, debo en todo caso, preguntarte,
Pues una duda mi dolor imparte,
Qué viste o escuchaste, cuándo, donde,
Que turbó la firmeza de tu ser:
Aquello cuya sombra te atormenta.

JULIO ¡Un espectro que pasa...! No, Señor;
No busques esta angustia, por favor.

ANTONIO (¡Así mi duda tétrica se aumenta!)
No calles. Habla, Julio, pues no soy
Un intruso mordaz, mi honor me escuda.
Bien, habla.

JULIO Nada digo.

ANTONIO Di sin duda,
Pues esto tengo que saberlo hoy.

[*JULIO finge amedrentarse.*]

JULIO Son gravísimas, rábicas folías...;
No lo quieras...; no puedo.

ANTONIO Te lo ordeno.

JULIO En silencio total los labios freno.
Además..., ¿es que nunca lo creerías!

ANTONIO Así desobedeces.

JULIO Obedezco, más bien, al gran respeto
Que te debo, Señor.

ANTONIO ¡Rispido reto!

JULIO Señor Conde... ¡Oh, no!, que no mereces
Tan voraz escozor.

ANTONIO ¿Callas? ¿Merezco
Vivir en esta horrible incertidumbre?

JULIO Es, Señor, la maldita pesadumbre
Del honor ancestral...; ¡te compadezco!

[*Apóyase Don ANTONIO en un mueble, de espaldas a JULIO; éste se va durante el aparte de aquél.*]

ANTONIO (¡Así que de mi honor se compadece!;
¡Se apiada el mayordomo!;
Se apiada de mi honor, no se ni cómo,
Sin decir el desastre que acontece...
¡Que callara por rígido respeto
Tenía un día que escucharlo yo!
Pero insiste que no...
¿Por qué no...?) Dime, Julio, si me meto
Donde no me compete... ¿Qué...? ¡Por Dios!
¿Dónde estás? ¡Ya se fue...! ¡Y así me deja!
La araña, veleidosa trampa teja,
Mas, de la causa de mi angustia en pos,
Cortaré, desharé toda madeja,
Alguna vez, al dialogar los dos.
¡Demonios! Hablará:
Esto es algo terrible que me atañe,
Y aunque sólo me dañe,
Lo sabré... ¡Lo sabré! ¡Me lo dirá!
Puede ser, ¡ay, horrores!, que mi hermano
Fuera vil parricida..., que quizás,
Sirviendo humildemente a Satanás,
Fuera VÍCTOR el pérfido villano,
O, quizás..., mas, ¿que importa?, ya sabré
El secreto fatal cuanto inhumano,

Y en sus fauces mi sangre vengaré.

[Vase; entra Don VÍCTOR.]

VÍCTOR No sé ya si mi triste primo hermano,
Guardándonos algún secreto grave,
Extravía la luz del juicio sano;
Si es que toda su angustia no le cabe
En su mustia razón; o si no sabe
Cómo dar a su ánima iracunda
Un descanso fugaz... ¡Cuánto livor,
Con ira sepulcral y tremebunda,
Expele su Volcán abrasador!
Ayer estaba loco y exaltado,
Con un trémulo frío nunca visto;
Cuando apenas se hubo serenado...

[Entra Don DIEGO por donde acaba de salir Don ANTONIO, interrumpiendo el monólogo de Don VÍCTOR.]

DIEGO ¡Ayúdanos, oh, Cristo!

VÍCTOR ¿Qué te ocurre? ¿Qué, Diego?

DIEGO ¡Dios...! Antonio

Ha insultado mi honor, ¡y ferozmente!,
Acusándome, ¡bárbaro demonio!,
De amparar al maldito delincuente.

VÍCTOR Parece, primo mío,
Pues está tan volátil e irascible,
Que ya raya en completo desvarío
La pasión de su rabia incontenible...
Parece estar de la locura preso.
¿Por qué rompen las cóleras histéricas
Nuestra breve quietud...? Este proceso,
Como nube: de salmas atmosféricas
De un ambiente de ardor impenetrable,
Con que se agota la enlutada mente,
Es enigma insondable
De infinito terror... Tan libremente
Ira vil en la sombra se levanta,
Que somos un frenético vestiglo.
¿Qué veneno temible nos espanta?
¿Que se ha hecho la vida en nuestro siglo?
Los poetas afirman que la vida
Es un fuego de amor,
Fuente de mieles y placer henchida,
Y poema, diadema, gema, flor;
Los ascetas describenla cual zarza
De taimados ardides e idiotéz,
Que los clavos punzantes de la barza
Rasgan alma, razón, coraje, prez,
Vida, sangre, vigor...
Pero, veo que un vívido rosal
Mezcla más bien con el amor la inquina:
Tiene el fragante, punzador zarzal
Por cada suave flor, áspera espina.
El mal y el bien, la cólera y la calma,
El odio y el amor dentro del alma,
Las nieblas y la luz en el espacio,
La venganza que fluye prontamente,
Y el perdón más despacio,
Nacen, viven y mueren juntamente,

Compartiendo el sepulcro y la simiente.
 ¡Diego...! Dime, ¿recuerdas los sucesos
 De aquella noche del nefando crimen?
 Necesito entender, pues están presos
 Mis recuerdos, si el alma me comprimen
 Los fragmentos de mísera folía
 Que se renuevan cada nuevo día.

DIEGO Me acuerdo, que tuvimos un turbión,
 Y que Julio pasó por la cocina,

VÍCTOR Lo normal, ciertamente.

DIEGO Sonreía,
 No se por que razón... Bien, a Ramón
 Ni siquiera lo vimos.

VÍCTOR Tampoco es nada extraño.

DIEGO Desde luego.
 Los criados de siempre nos sirvieron.
 Normalmente cenamos..., y bebimos...

VÍCTOR Ese vino fatal en que pusieron
 Un veneno mortal para Manuel.

DIEGO Es la fiera verdad...; también extraño,
 Porque nadie, ¡oh, Víctor, más que él
 Sufrió del vino venenoso daño...
 Antonio, bien me acuerdo, se atrasó;
 Llegaste tú después...
 Y nada extraordinario sucedió,
 Aunque todo distinto, como ves.

VÍCTOR ¡Nada raro, más todo tan distinto!
 ¡Quedó mi tío saludable extinto!
 ¡Oh, vil, infame, tremebundo hecho
 Que enciendes iras, y la paz sofocas!
 ¡Bajo el amparo de este mismo techo,
 Un asesino envenenó...! Son pocas
 Las sospechas precisas para atar
 Al criminal en su perverso crimen,
 Que perniciosamente, al indagar
 Los indicios preciados se dirimen.
 Es terrible, fatal y cierto, Diego,
 Que un sirviente es maestro
 En el crimen... ¡Horror...!

DIEGO Sí, desde luego.

VÍCTOR ¡Y vive, primo, bajo el techo nuestro!

DIEGO ¿Volverá con veneno el asesino
 A sus fieros intentos...?

VÍCTOR Como vuelve Satán desde el abismo
 A nueva guerra contra el Cielo mismo.

DIEGO Fallecer es el único destino...

VÍCTOR Te dejo con tus tristes pensamientos.

[Vase.]

DIEGO Bien es verdad que el mayordomo anduvo,
 Si tan solo una vez, por la cocina:
 Ocasión, aunque poca, siempre tuvo
 Para echar en el vino de mi padre
 La poción asesina.
 Había tres sirvientes en la casa,
 Pues mi padre les dio de vacaciones
 A los otros el día...

¡Ay, cuán la duda mi cerebro abrasa,
 Y levanta espejismos y visiones!
 No es posible que Julio..., ¡sí reía...!
 Es, sí..., posible que su risa fuera
 Falaz..., nerviosa..., pérfida..., maldita...
 Mas no puedo creer que quien espera
 El exacto momento para un crimen,
 Y las ansias mortíferas concita
 Para truncar el fuego de la vida,
 Sonría felizmente,
 Encubriendo esa cólera homicida.
 ¡Y aquella tarde de pasión tremenda,
 Su hermano, con empleo permanente,
 Por mi padre benigno fue nombrado
 Mayoral de la hacienda!
 ¡Enigma cruel de veleidoso Fado!

[Queda pensativo; entra Don ANTONIO.]

ANTONIO Perdone, hermano, sinrazón veje
 La apacible bondad que mora en ti;
 No sé que furia me perturba a mí.
 Pues me parece que doquier que esté
 Contemplo con rencor incontenible
 A todo ser viviente
 Que juzgo en mi tortura delincuente;
 Se que arrastro una cólera terrible,
 Y sé perfectamente
 Que con juicio feroz he condenado
 Al culpable y también al inocente.

DIEGO Me parece que sólo estás cansado
 De pensar y pensar en tanto absurdo.

ANTONIO Mas fue soez y bestialmente burdo
 Que te hablase al hallarme en tal estado.

DIEGO Ni se agote ni obceque ni apesure
 A quien instigue persistente duda,
 Que la sabia paciencia bien lo escuda,
 Aunque su mal no cure.

ANTONIO Bien... a Víctor, por algo, le interesa
 Acabar de una vez con la pesquisa;
 Y tiene suma prisa,
 Pues un temor fatídico lo apresa.

DIEGO Porque cree firmemente, me decía,
 Que no puede solverse la cuestión,
 Y, al temer la total revolución,
 Quiere huir del país.

ANTONIO ¡Y bien porfía!

DIEGO Mas, hermano, comprende: sólo intenta...

ANTONIO ¡Lo que quiera intentar!, que..., ¡bien estamos!
 No lo entiendo, ni puedo, porque..., ¡vamos!,
 Piensa..., suma..., ¿qué cuenta?
 Hermano, no lo sé... Lo absuelva el Cielo,
 Porque no lo comprendo,
 Y parece fanático y tremendo
 Tan constante desvelo.

[Vase.]

DIEGO ¿Pensará, ¡cuál horror!, que fuese Víctor
 Autor infame del infame crimen?

¡Oh, qué larva fatal de parricidio
 Eleva su cendal difamatorio!
 Las razones ficticias que se esgrimen
 Son de espanto mortal e imprecatorio,
 Y abren casmas de errante fratricidio.
 Sólo el tiempo inmutable mostrará
 La verdad invisible;
 Entre tanto, parece que imposible
 Dictar un fallo límpido será.

[Vase; entran JULIO y RAMÓN por el foro.]

JILI Al asunto en seguida, hermano mío,
 Porque debo ya pronto regresar
 Al trabajo del día. Ya te dije
 Que no corres peligro.

RAMÓN No me fío
 En tus juicios, hermano, que al matar
 Nuevo crimen cometes.

JULIO Pues exige
 El honor la venganza.

RAMÓN No deseo
 Compartir estos actos delictivos
 Que ningún bien engendrarán al cabo.
 ¡Serás vencido por la ley, y reo
 De justicia y furor vindicativos.

JULIO ¡Insulso!, ¿no comprendes...? Casi alabo
 El candor de tu insólita idiotez,
 Tan sincera que a veces me parece
 Que nunca rebasaste la niñez.

RAMÓN Soy feliz.

JULIO ¡Pero, crece!
 ¡Mas vale que tus juegos el honor!
 ¡Cobarde...! No me importa, porque tengo
 Amigos que me estiman y me sirven.

RAMÓN No han hecho nunca bien.

JULIO Y, ¿qué? ¡Traidor!
 ¡Me juzgas mal, porque del mal me vengo!

RAMÓN ¡Son hampones mezquinos!
 Me obedecen.

RAMÓN Pues son los asesinos
 Que el mismo Infierno con vergüenza esconde.
 ¡Hermano!, ¡que ya apenas me contengo...!

RAMÓN Hermano mío, ¡lo que dije, digo!

JULIO ¿Eres ramera del maldito conde,
 O estás junto a tus padres y conmigo?
 ¿Desprecias el honor? ¡Dime! ¡Responde!

RAMÓN Con mis padres, lo sabes, y contigo,
 En amor y verdad, mas no en el crimen.

JULIO ¡Recuerda que ya el pueblo redimido
 Está libre del amo envilecido!
 ¡Y contra el deleznable servilismo
 Está nuestra feliz Revolución!

RAMÓN Si aprueba el homicidio, va con ella
 El odio negro del demonio mismo.

JULIO ¡Cayo, por nuestro bien, la burguesía!
 ¿Aun piensas defender la aristocracia?
 El prócer nuestras honras atropella,

¿No reclamas, hermano, nuestro día?
 ¡Vivimos en completa democracia
 Que fulge en occidente como estrella!
 ¡Es hora de matar a los patricios!
 ¡Es hora de que paguen por sus vicios!
 ¡Se inclina en nuestro triunfo la balanza
 Que mide en el destino la esperanza!
 ¡A los nobles, terríficos suplicios!
 ¡A los pobres el sol de la venganza!
 RAMÓN Oye bien que tu cólera desprecio,
 Y a tus víctimas límpidas admiro,
 Que a una vida inocente pones precio
 Porque fluyen sus venas con zafiro.
 JULIO ¡¡No...!! ¡Recuerda la muerte de tu padre!
 ¡Recuerda la deshonra de tu madre!
 RAMÓN Ayer me convencí, por un momento
 De tanta iniquidad; pero ya siento
 Que todo, ¡sí!, tu cólera confunde,
 Y es tal la rabia que en tu pecho cunde
 Que idolatras el mal.
 JULIO ¿Dices que miento?
 RAMÓN Que te han engañado.
 JULIO ¡Ah..! ¡Qué siento!
 ¡Mis ojos, vieron, ¡¡sí!!!, nuestra vergüenza!
 RAMÓN ¡Qué dices!
 JULIO ¿Te lo digo?
 RAMÓN Sí... Comienza.
 JULIO Me escondí cuando el conde y su compadre
 Llegaron bien armados a la casa;
 El conde entró tras de forzar la puerta,
 Y rasgo los vestidos de tu madre,
 Como rasgan las flamas de la brasa
 Un lienzo fino... Con mezquina oferta
 Pensó el conde ganar de concubina
 A nuestra pobre madre, que gritando
 Le ordenó que se fuera.
 Mas el conde, con ansia viperina
 A tirones quitó la vestidura
 De tu madre infeliz, y, como fiera
 Maldiciendo, escupiendo, la golpeaba;
 Dio mordidas ardientes en su boca,
 Donde un hilo de sangre goteaba,
 Y, cual perro rijoso al que sofoca
 Un estro abrasador...
 RAMÓN ¡Horror! ¡Acaba!
 JULIO Arañó con los dientes en sus senos;
 Chorreo sus pezones con la baba...
 RAMÓN ¡Basta ya, que mis cóleras ensañas!
 JULIO Y, en un golpe de tábidos venenos,
 Enterró la eyección en sus entrañas.
 RAMÓN ¡Oh, furor infernal!, ¡rabia maldita!,
 ¡Ira del cuervo de Satán!, concita
 Los dragones de todos los esbirros;
 ¡Dame infinitos y acerados cirros
 Para urdir una ríspida matanza
 Que arrase con la tábida nobleza

VÍCTOR Vete ya.
 SIRVIENTE Pero, Señor.
 VÍCTOR A emplearte...
 SIRVIENTE Señor mío...
 VÍCTOR ¡Ya! Dije qué te vayas.
 SIRVIENTE (Ni que yo fuera esclavizado reo.)
 VÍCTOR ¿Qué dices?
 SIRVIENTE Nada, Señor... (Pues soslayas
 La verdad que florece ante tus ojos.)

[Óyense voces de fuera.]
 VÍCTOR (Más problemas incitan esas voces.)
 SIRVIENTE Algo pasa, Señor.
 VÍCTOR Nada.
 SIRVIENTE Feroces
 Son esas...
 VÍCTOR Pues ya basta.
 SIRVIENTE Son enojos.
 VÍCTOR Nada son.
 SIRVIENTE Pero, Señor...
 VÍCTOR Nada. ¡Nada!
 SIRVIENTE Imposible, Señor..., ¡eso no puedo!
 VÍCTOR ¡¿Que no puedes?! (¡¡Ah...!! Esto me anonada.)
 SIRVIENTE No sé nadar, Señor, ¡y me da miedo!
 VÍCTOR ¡Cállate, imbécil! Vete. ¡Fuera! ¡¡Largo!!

[Óyense voces más fuertes de fuera.]
 SIRVIENTE Oigo gritos. Señor; oye.
 VÍCTOR ¡Silencio!
 SIRVIENTE Estás sordo. Señor: escucha.
 VÍCTOR ¡Calla!
 SIRVIENTE (Pues oye el sordo..., ¡ja!) Señor...
 VÍCTOR ¡Canalla!

[Dale una bofetada al sirviente; vase éste; entra JULIO; dejan de escucharse las voces de fuera.]
 JULIO Tus primos, ¡oh, Señor!, están peleando
 Con ira férrea como nunca vi.
 (Y ¡qué furor, ah, sí!, furor infando.)
 VÍCTOR Olvida lo que ves.
 JULIO (¡Qué frenesí!)
 Ojalá, mi Señor, qué así no fuera
 Con su difunto padre el Señor Conde...
 VÍCTOR Pero, ¿qué quieres decir?
 JULIO Dios quisiera...
 VÍCTOR Déjame..., vete mejor.
 JULIO No sé a donde.
 VÍCTOR Pero..., ¡Julio!
 JULIO Sí, Señor.
 VÍCTOR ¿Qué porfía
 Es esa respuesta?
 JULIO Señor..., perdón.

[Vase.]
 VÍCTOR No me respetan siquiera, mal día,
 Los sirvientes antiguos... ¡Maldición!
 ¿Qué relámpago tétrico fulmina
 A la vez los dolientes corazones,
 Las almas, las razones...?
 ¡No será la insondable acción divina!
 Es verdad que parece estar demente

Mi primo Antonio, sí... Parece estarlo,
 Y concitan sus cóleras a odiarlo
 Por falaz insolente...
 Quizás tenga patéticos motivos
 Escondidos en vacuos de su mente...
 Puede ser que su alma le atormente
 Un turbión de conceptos delusivos.
 ¡Es así...!, porque sé que parricida
 No sería jamás:
 Ha de ser, en sus planes punitivos
 Hazazel infeliz del homicida.
 Pues..., tal vez, de azuzarlo
 Por el fiero desierto de las dudas
 Se valgan unas ánimas sañudas
 Para urdir una trampa y destrozarlo.

[*Entra Don DIEGO.*]

DIEGO Ya mi hermano perdió todo sentido
 De práctica y gentil moderación;
 Ya no actúa con límpida razón,
 Y los gestos prudentes ha perdido.

VÍCTOR Puede ser que, buscando su venganza,
 Cayese en unas trampas engañosas
 De sierpes ingeniosas
 Que abusen de su crédula confianza.

DIEGO Si fuera así... Sí, Víctor, han logrado
 Engañarlo sin dudas... Pues, hablemos
 Con Antonio.

VÍCTOR Sí...

DIEGO Creo que podemos
 Salvar nuestra familia todavía,
 Y la paz recobrar.

VÍCTOR Contra mí, primo, con furores arde...
 Más bien háblale tú, pues desconfía
 Enteramente en la palabra mía
 Fiándose de ti, si poco, algo.

DIEGO Así lo haré, ¡oh, Dios!, ¡no sea tarde!
 ¡Sálvenos el Señor si no prevalgo!

VÍCTOR Su santa Providencia nos resguarde...
 Y ponga Dios, ante el rencor aveve,
 La Fe que amansa y la piedad que mueve.

[*Vanse. Telón. Fin del Acto III*]

ACTO IV

[*Vestíbulo: a la derecha, una escalera de mármol que da a la planta alta, entre dos puertas que dan al patio; a la izquierda, un portón; al foro, una puerta interior; muebles de caoba negra estilo renacimiento español; JULIO y RAMÓN.*]

JULIO La trampa queda lista finalmente.
 Sólo falta los hechos apurar,
 Antes que pueda Víctor acusarnos
 De feroz y fatal alevosía.

RAMÓN Muy bien lo dices, acabemos hoy.

JULIO Así lo haremos, sin fallar, hermano,

RAMÓN ¡Acaba ya, Ramón, de contestar!
 ANTONIO Que quien las órdenes malditas dio...
 RAMÓN ¡Habla! ¡Dime, Ramón!
 RAMÓN Que tal es todo...
 Es alguien que se embarra con su lodo,
 Con este crimen infernal, no yo.
 [Retráese.]
 ANTONIO (Alguien pudo a mi sombra perpetrar
 Un feroz homicidio;
 Mas, ahora, yo solo, solo lidio
 Con quien quiere volver a asisinar...)
 Vete..., vete...
 RAMÓN Señor...
 ANTONIO Ya...
 [Vase RAMÓN.]
 que no dudo
 Que mi primo carnal o que mi hermano
 De nuevo extienda traicionera mano
 Para manchar nuestro manchado escudo...
 Diego coopera sin cesar conmigo...
 A todo Víctor su fervor opone...
 ¡Plugo a Dios que me done
 La muerte de mi acérrimo enemigo!
 [Vase lentamente; entra RAMÓN por donde había salido; entra Don VÍCTOR por otro lado.]
 RAMÓN Magnánimo Señor.
 VÍCTOR ¿Qué?
 RAMÓN ¿Me permites...?
 Una palabra nada más, Señor...
 Señor..., quiero decir... algo terrible...
 VÍCTOR Habla, Ramón, porque te escucho: siempre
 Atento estoy a todos los asuntos
 De nuestra hacienda y nuestros empleados.
 RAMÓN Algo feroz, mortífero sucede
 Y temo enfurecerte con su anuncio...
 VÍCTOR Habla.
 RAMÓN ¡Oh, Dios..! Señor, ocurrir puede...
 ¡Ay, Señor!, ocurrir, ocurrir...
 VÍCTOR ¡Habla!
 Ms no tan sólo repitiendo siempre
 El mismo balbuceo. Tus temores
 Expresa, si es el miedo
 Lo que tanto perturba tu palabra.
 RAMÓN Puede ser..., que si fuese....
 VÍCTOR Te repites.
 RAMÓN Lo que aterra, Señor...
 VÍCTOR Di, mayoral.
 RAMÓN Que me ahogo, Señor... Casi no puedo
 Explicar mi temor..., cosa fatal.
 VÍCTOR Di que piensas, Ramón.
 RAMÓN ¡Que tengo miedo!
 VÍCTOR ¿Miedo...? ¿Miedo de qué?
 RAMÓN De tal vileza
 Que espanta la razón con su fiereza.
 VÍCTOR Parece, mayoral, que ni comprendes
 Lo que quieres decir. Libra tu mente
 Te temores insólitos, y expresa

De una vez tu temor enforma clara.
 RAMÓN Digo..., tiemblo, Señor...
 VÍCTOR (¿Es insolencia?)
 Cuando puedas hablar, habla, mas antes
 No deambules sonámbulo.
 RAMÓN ¡Clemencia...!
 Que se juega, con ansias de terror,
 A la muerte.
 VÍCTOR ¿Qué dices?
 RAMÓN A la muerte.
 Alguien trama matarte, Señor mío...
 VÍCTOR (¿Qué mentira será...? Mas quedo inerte...)
 RAMÓN Alguien trama, con fétida perfidia,
 Nuevamente matar... ¡Eres su meta!
 VÍCTOR (Bien parece que nadie me respeta.)
 RAMÓN Alguien busca matar, en su desvelo,
 Con astucia letal y tanta maña
 Que pronto logrará su intento vil.
 VÍCTOR (Si, no siendo rufián, nada me engaña,
 ¡Qué golpe terrorífero me asesta!)
 RAMÓN Acaso, mi Señor, ya lo presientes...
 Tu propia sangre para ti funesta...
 VÍCTOR ¡Que dices?
 RAMÓN Que tu primo...
 VÍCTOR ¡Basta...! ¡Mientes!
 RAMÓN ¡Señor, no miento, no...! El Señor Conde
 Te quiere asesinar.
 VÍCTOR ¡Víbora...! ¿Dónde,
 Mientas con gusto la verdad falseas,
 Veneno fiero tu furor esconde...?
 [RAMÓN retrocede.]
 RAMÓN Yo..., yo, Señor, Señor..., yo..., yo..., perdona...
 Pedrón..., el..., yo..., Señor..., no creas
 Lo que mi honestidad... decirte osa.
 [Vase RAMÓN rápidamente.]
 VÍCTOR ¡Así la cobra venenosa dona
 Ponzoña vil cuando cordial pregona!
 ¡No puede ser...! ¡Oh, no...! mas..., ¿será cierto
 Que estén tramando en nuestra propia casa...?
 Y ya no sé..., no sé lo que me pasa,
 Si estoy loco, sonámbulo, despierto...
 ¡No, nunca creeré que mis dos primos
 Confabulen insidias contra mí...!,
 Pero Julio..., Ramón..., ¡ay!, ¡ésos sí!
 ¡Qué ciegos somos y cuán torpes fuimos!
 De Antonio, sin vestigio de esparanza,
 Furentemente rabiara la mente,
 Si feroz y taimado criminal
 Escuda la ponzoña traicionera
 En su confianza patriarcal... Buscaba,
 en mi desvalo punzador, la clave
 Que arrancara la máscara cetrina
 Del asesino de mi amado tío,
 Mas ya la nube urente de la duda
 Se disipa ante mí... ¡Ya lo conozco!
 Hablaré con Antonio por la tarde,

Después de hablar con Diego, ¡que la hora
Ha llegado de atar al delincuente
Que así se esconde con tesón cobarde!

[*Vase; entran Don ANTONIO y JULIO, conversando.*]

ANTONIO Busca pronto a tu hermano. Necesito
Que me explique esta duda punzadora
Que la mente fatiga.

JULIO Ya lo traigo.

[*Vase JULIO.*]

ANTONIO Mi mente late de pavor herida;
El espíritu tiembla; mi coraje
Apenas puede sustentar aliento.
¡Venga Ramón...! ¡Y por su fiel palabra
La idea pueda proclamar lo cierto:
La verdad escondida se decubra!
Y el fatal homicidio de mi padre,
Y el delito en maléfico proyecto,
Queden ambos cargados a la sangre
Del infame asesino. Negro saldo
Lleva el alma adherida a la miseria,
Mas, de un golpe certero la Justicia
El antro de los males ya deribe,
Y atrape al criminal. ¡Venga Ramón!
¡Es ya hora de alígera venganza,
Que ajuste la mortífera balanza!

[*Entra RAMÓN.*]

Dime, Ramón, lo que callando sabes
Del vil asesinato.

RAMÓN Ya te dije
Que nada sé, Señor. ¿Por qué me ordenas
Hablar sin causa, calumniar sin meta,
Pues no tengo ni pruebas ni aun indicios
De la mano sangrienta que tu padre
Tan bruscamente asesinó.

ANTONIO No eso.
Habla del crimen proyectado. Sabes
Tú mismo lo afirmaste no hace mucho,
Que dos tipos de tórbida conciencia
Nuevo crimen proyectan.

RAMÓN ¡Señor mío...!

[*RAMÓN retrocede agitado.*]

ANTONIO ¡Habla! ¡Responde!

RAMÓN Dije...

ANTONIO No socaves

La fiel credulidad con que te trato.
Ocultas algo... Mi ansiedad acreces.

RAMÓN Lo que oculto, Señor, he de callarlo.

ANTONIO ¡Callar! ¿A qué motivos obedeces?

RAMÓN He jurado, Señor, no divulgarlo.

ANTONIO ¿Contestas que juraste, mayoral?

RAMÓN Ante Dios..., ¡oh, Señor!, callar es fuerza.

ANTONIO No intento, no, que tu lealtad se tuerza,

Mas la sangre reclama la justicia.

RAMÓN Me duelo también, ¡Dios!, de tanto mal,

Mas juré

ANTONIO ¡¡Vive Dios!!

RAMÓN Está sellado.
 ANTONIO ¿Pueden Dios y Satán hacer alianza?
 ¿Puede la Fe medrar con la infidencia?
 ¡Jura aquí, mayoral, que lo has jurado!

RAMÓN No puedo..., no, Señor.
 ANTONIO ¿Por qué...? ¡Contesta!
 RAMÓN No puedo..., no, tampoco
 ANTONIO ¡Mientes...! ¡¡Mientes...!!
 RAMÓN Señor, callar mi pesadumbre cuesta,
 Pero no soy ante tu injuria falso,
 Que aun ante los hierros del cadalso
 Por quien callo, Señor, decirno puedo.

ANTONIO ¡Es por Julio, tu hermano!
 RAMÓN ¡¡No!!
 ANTONIO Pues, ¡habla!

Lo que ocultas, infiel, he de saberlo,
 ¡O sé que fue tu hermano el asesino
 Y que de nuevo asesinar intenta!

RAMÓN Quien crímenes proyecta...
 ANTONIO (¡Que me endiabra!)
 ¡Contetsta, mayoral, que lo demando!
 RAMÓN Hablaba y glotoneaba sus proyectos
 De muerte para tí, conotro hombre...
 ANTONIO Sobran palabras, mayoral: ¡el nombre!
 RAMÓN Temo, Señor...
 ANTONIO ¡El nombre!
 RAMÓN Pues... Tu primo.
 ANTONIO ¡¿Que dices, satanás?!

[RAMÓN retrocede espantado.]
 RAMÓN Era tu primo.
 ANTONIO ¡Victor...! ¿Don Víctor...? (¡Victor...!)
 RAMÓN No te asombre,
 Pues intenta heredar todos tus bienes.
 ANTONIO ¿Y mi hermano Don Diego...?
 RAMÓN Ah... Pretende
 Hacerlo renunciar o...
 ANTONIO ¡Nuevo crimen!
 ¡Oh, mientes, satanás!
 RAMÓN ¡Lealtad os juro!

[Echase RAMÓN de rodillas y pretende gemir.]
 Nunca he mentido, no: el miedo solo
 Me forzaba callar hace un instante.
 Perdona mi silencio, mas he dicho
 Ya todo lo que sé.

ANTONIO Te creo. Basta.

[Don ANTONIO señala a RAMÓN que se vaya, y éste obedece inmediatamente.]
 ¡Canalla en su traición...! ¡Horror...! ¡Espanto...!
 ¡Mortífera pasión...! ¡Furor devascta
 La fiebre del honor! ¡¡Muera...!! ¡Dios Santo...!
 ¡Verdad es mi terrible conjetura...!
 Víctor la mano sanguinosa erige
 Con vil veneno y con ponzoña dura...
 Si Víctor es tratidor... es asesino,
 Me fuerzan los dictados del Destino
 Verter la sangre de mi sangre pura...
 Mi propia sangre... ¡Oh...! ¡Prisión eterna

[Intenta coger la pistola para suicidarse, pero Don DIEGO lo detiene.]

¡Oh, ya no puedo

Seguir viviendo con mi crimen más...!

VÍCTOR Vive...

DIEGO ¡Ya basta!

VÍCTOR Vive..., que, además...,

Al entregarte mi perdón..., lo vedo...

Ven, Antonio, promete que jamás

Volevrás..., volverás... a exasperarte...

ANTONIO ¡Ay de mí...! Sí, lo juro.

VÍCTOR Debo hablarte:

Hay algo, primo, que me importa más:

Hoy me dijo esa víbora... Ramón,

Que tú..., ¡oh, sí...!, que ibas a matarme

Y sospecho...

ANTONIO ¡Mi Dios! ¡Pudo engañarme!

¡Ha burlado la fe de mi confianza!

Ha sido, con insólita acechanza

Maestro del delito. ¡Cuán horror!

VÍCTOR En mi la muerte su infusión respira...

ANTONIO No será, no será, que ¡por mi honor—

[Don VÍCTOR, haciendo un esfuerzo sumo, agarra por un antebrazo a Don ANTONIO, interrumpiéndolo.]

VÍCTOR Cuida, sí..., Diego..., cuida... que no libe

Más..., Antonio..., no más..., no..., de la ira.

[Muere.]

DIEGO ¡Víctor! ¡Víctor! ¡No! ¡No...! Al Cielo arribe

Tu buen ánima..., ¡mártir!

ANTONIO (¡Dios!)

DIEGO Ha muerto.

ANTONIO ¡Fratricidio fatal...! Es imposible...

[Pónese de pie.]

Es la muerte feroz, ineludible,

De la vida fugaz último puerto...

Ignominia... ¡Voraz y vil traición!

Logró Ramón ruinmente enloquecerme,

Pero puedo también enfurecerme

Con febrígera cólera

Que urdirá su tremenda defunción...

¡Alevosa maldad en este nido

De infandos buitres y rencor temido!

¡Perfidia sanguinaria!

¡Cobardía maldita! ¡Deshonor!

¡Ha triunfado frenético traidor!,

¡Bergante zafio!, ¡viperino paria!

DIEGO ¡Sálvenos Dios...! Antonio, ten más calma:

Recuerda tu sellado juramento.

ANTONIO ¡Cómo dices, hermano? ¡Si yo siento

De fuego eterno consumida el alma...!

¡Abrase y fluya fuego del Infierno!

¡Cubran las nubes el mentido cielo!

¡Rásguese el blanco velo

En el templo otra vez! ¡Tártaro eterno

Queme al mundo infeliz y lo incinere,

Inflame mi transido corazón

Ante la infame y tábida traición

De demonio falaz! ¡No más espere

La Némesis febril para turbar
 La faz inmunda de la Tierra inerte...!
 ¡Corran la sangre rábica y la muerte
 En torrentes al mar...!
 ¡Ya mi cólera férrea se acrecienta...!
 ¡Muera...! ¡¡Muera el fatídico asesino!!
 ¡Deja beber el iracundo vino
 De su sangre feroz! ¡¡Oh!! ¡Ya revienta
 El volcán del rabioso corazón!
 ¡Voy a vengar el criminal asecho,
 Y a desgajar el fermentado pecho
 Del vil autor de la maldad sangrienta!
 ¡¡Ah!! ¡Muerte! ¡Destrucción! ¡¡Desolación!!

[Vase.]

DIEGO

En vesania furiosa matará
 Con fatal contumacia
 Sin prever, en sus iras, que quizá
 La terrible falacia,
 Obcecando la mente, nos engaña,
 Torturándonos daña
 Y destruye del alma fieramente
 Nuestra mísera paz y nuestra mente...
 Juega el Hado que urdió nuestro destino
 Con la tétrica y terca realidad,
 Simulando ser límpida verdad
 La mentira que hirió nuestro camino.
 Pero dicen los sabios que la vida
 Es sueño solamente...
 Si esto fuese verdad, ¡cuán ciertamente
 Quedaría de un golpe destruida
 La verdad que por cierta se creyó!
 Pero sé que antes nunca mi sentido
 Por verdad la falacia me fingió,
 Y jamás en ayer hube creído
 Los cuentos enredados
 Que relatan los hombres exaltados,
 Opacando la nítida verdad.
 Confiaré, pues, sin dudas, en mi vista
 Y en mi oído veraz... ¡Oh! ¡Dios me asista!,
 Pues a veces, ¡ay, mísero!, parece
 Que no puedo creer...
 Si al cumplir con el ríspido deber
 La razón infeliz se desvanece,
 Cual Antonio, que en ansias de lustrar
 Su blasón por la muerte mancillado,
 Ha su escudo con sangre deshonorado,
 Añadiendo al terrífico homicidio
 El espanto infernal del fratricidio,
 Y al volver con furor a decidir
 Restaurar el honor tan quebrantado,
 Arremete, con iras, exaltado,
 A matar, empecer y destruir.
 Ya no puedo creer en el sentido,
 Pues la fiebre traiciona su latido...

[Inclínase junto al cadáver.]

¡Mi Fe sucumbe con terror, Dios santo...!

¡Víctor...! ¡Víctor...! Patético holocausto
 Eleve al Cielo quejumbroso llanto...
 Ayer reímos sin dolor, hermano,
 Mas hoy, el eco del dolor exhausto,
 Nos hiere la aflicción... Voraz arcano
 Punza su herrumbre con puñal cereño,
 Mientras, con ansias de bondad en vano,
 Las ondas surco de insondable sueño...

[Levántase.]

Y si es verdad que, por vivir, soñamos
 Y con firme tesón y con euforia
 En el férreo deber no afanamos,
 No será para henchirnos de la gloria
 Que cobije la angustia con su manto
 Y apacigüe las flamas del quebranto;
 Pues sabemos que en cráteras del sueño
 Es inútil la fragua del empeño...
 ¿No será por las ansias de apartar
 De la mente dolida
 La tremenda verdad de nuestra vida,
 Del estado febril y singular
 Do son palpables los arcanos sueños,
 Mentira la verdad,
 Y los gozos efímeros, pequeños,
 Sin que exista una firme realidad...?
 Camino por el páramo desierto
 De loca sinrazón,
 Y no sé por do va mi desconcierto
 En andas de febrígera pasión.
 ¿Qué haré, sumido en infernal demencia
 Seguido por la bárbara maldad...?
 En está sombra de fatal dolencia
 El áspid muerde con feroz crueldad.
 ¿Qué podré contra frémido asesino
 Esgrimir cual salvífico blasón,
 Si me acecha el destino
 Y me pasma con ténebre visión?
 No podré de la flébil amargura
 Resquebrar la ferrígera prisión,
 Ni podré de la lúgubre tristura
 Liberar el sangrante corazón.
 No saldré de calígines eternas
 A la luz de los astros del espacio,
 Ni podrán mis imágenes internas
 Alumbrarse con fuego de topacio.
 No podré, sin el cáncer de mis ojos,
 Liberarme de sombra tan aciaga,
 Ni podré de mis íntimos abrojos
 Arrancar la sevicia de mi plaga.
 No se ve, por la luz en lontananza,
 El Sol blanco que surge con Aurora,
 Ni se frena sanguífera matanza
 Cuando el alma lo implora...
 Solo me queda por punzante vida
 Sufrir fiero dolor,
 Cayendo entre la zarza denegrida

De un eterno y frenético estertor.
 Los rosales bullentes son esclavos
 Espinados por tábida patraña,
 Les quedan sólo miserables clavos
 De punta fina y penetrante saña.
 La vida, corta en su letal tristura,
 Se pasma con infando desamor,
 Mientras infunde funeral locura
 La sombra desolada del terror...
 Envidia pertinaz, ágil venganza,
 Feroz alevosía, mayor odio,
 ¿Es éste solamente nuestro alodio?
 ¿Ha de ser todo mal nuestra acechanza?
 La vida sin el orto en el ocaso,
 Tiende negro en efímero arrebol...
 Las murallas de piedra son el vaso
 En que mueren las almas en retraso
 Sin luz perpetua de perpetuo sol.
 Y aunque el Sol con sus flámulas alumbre,
 Culebreando satánicos azufres,
 Sólo prende calor entre la herrumbre
 Que conlleva la ignara muchedumbre...
 La paz del universo muere yerta,
 Cunde en antros telúricos la insania,
 La calma sola se desploma muerta
 Y el turbión de maldad que desconcierta
 Devora con impávida vesania.
 Así, cuando en los fosos del oriente
 Brillare nuevo y fúlgido arrebol,
 Las tormentas sangrantes de la mente
 Cubrirán con tinieblas su crisol,
 Pues es tanta la noche
 Que perdieron su alígera visión
 El sol de la razón bajo la frente,
 Y en el alma la luz de la intuición.
 Mas no, que me parece
 Que, puesto que ya nada resplandece
 Y a todo cubre tenebroso velo,
 No podrán fulgurantes resplandores
 Avivar en el cielo
 Nueva luz de blanquísimos albores
 Que aniquilen los íntimos temores...
 Ni siquiera la luz del Sol naciente
 Brillará tras el ámbito exterior,
 ¡Cuánto más la tiniebla del ambiente
 Será negra en la nébula interior!
 ¡Ahógueme la cárcel, que sereno
 Tendré consuelo entre las piedras frías!
 ¡El hierro de la cárcel es el cieno
 Con que se aherrojan las demencias más!

[*Canta un sinsonte enjaulado.*]

Tras barras tan ligeras
 Que aprisionan tu alígero volar,
 Entonas tu canción sin alegría,
 Soñando con los montes y las heras,
 Volando con tu frágil eufonía

Por auras del libérrimo soñar.
 Di, sinsonte, ¿qué lánguido gorjeo
 Libera la prisión de tus escalas,
 Si no vuelan tus alas,
 Y alas mueve tu plácido solfeo?
 ¿Son tus cuerdas arpado balbuceo
 En campana de lívido cristal?
 ¿Es, acaso, que fuego de tu alma
 Desangrada por vírgula fatal,
 Con las ondas de pálido flameo
 Busca el alma de místico trofeo
 Como unguento balsámico...? ¿Desgarras
 Cada nota gorjeada desde el pecho
 En triste soledad, mientras, deshecho,
 Tu aciago corazón calla y solloza...?
 Sinsonte que, apresado entre las barras,
 Aún puedes gorjear,
 Tras estas barras que mi mente roza
 Mas no logra romper en su agonía,
 Tras estas barras de la angustia mía,
 ¡Yo no puedo cantar...!

[*Abre la jaula.*]

Eres libre, sinsonte... Mas, no importa
 Si buscas libertad,
 Que yo quedo entre bárbaras angustias,
 En un vergel de floraciones mustias
 Y estéril soledad...

[*Silba el viento.*]

Cuando la furia del batiente viento
 Con saña hiere rígido cristal,
 Cuando nubla lucifluo manantial
 Del brillante y fulgente firmamento
 Con un soplo de aliento
 Que con ríspidas ráfagas enfría
 El Sol opaco del nublado día,
 Se siente frigidísimo dolor
 Como al nublarse blanquecino albor
 De sutil melarquía.

[*Toma unas hojas caídas de las flores de un búcaro; lanza las hojas secas al aire.*]

Las tristes hojas muertas que han caído
 A la gélida tierra cobijada
 Por la capa tenaz ensortijada
 De otra seca hojarasca que ha dormido
 El sueño del olvido
 Del otoño mordaz y borrascoso,
 Son llanto temeroso
 De la vívida fronda vegetal
 Que por viento otoñal
 Del árbol parte con helor filoso...
 Tal es el viento que mi alma hiende,
 Mientras la noche su capuz extiende...
 ¡Oh, noche oscura, negra...!, negra noche
 Sin estrellas ni Luna,
 Noche de herida, funeral fortuna:
 Sin luz feliz del argentino broche
 Que alumbre las tinieblas, pasa un coche

Estertor tremebundo,
 Difundido en perpetua decepción...
 Dolor de ser esencia verdadera,
 No vaga como ilusa fantasía
 Que no guarda la forma prisionera
 En la copa de cólera vacía...
 Es llevar de la mísera existencia
 Las espinas punzantes de las flores,
 De unas flores que solo florecieron
 En las ramas purpúreas de su ausencia,
 Que no dieron balsámicos fulgores,
 Y en la sombra del alma fenecieron...
 ¡Dolor...! Dolor, como fatal acorde,
 En chirridos de horrenda sinfonía,
 Donde toda eclosión es agonía
 Y no existe jamás felicidad,
 Donde toda bondad es espejismo,
 Mientras muere la luz en el abismo
 De la horrenda y funesta realidad,
 Donde sólo el dolor es verdadero
 En las piedras del árido sendero...
 Mas..., ¿qué digo...? ¿Qué digo?, ¡Cielo santo!
 Dolor y decepción...: ¡falacias...! ¡No...!
 ¡Así digo, ¡mi Dios!, en mi quebranto,
 Cuando sufriste tanto más que yo...!
 El bien está fielmente repartido
 En las almas, los sueños y las cosas;
 En las alas de errantes mariposas;
 En el cáliz florido
 De blanco nácar y carmín de fuego,
 De topacio fulgente como flama
 De sol que brilla con audaz sorriego
 De vida sideral; en fuerte rama
 Con preseas pendientes cual retoño
 De fontanar en cornucopia magna;
 En las hojas sangrantes del otoño,
 Cual carbúnculos secos que fenecen;
 En la plata nevada del invierno
 Cuando témpanos gélidos acrecen
 Las neblinas perpetuas; en el cuerno
 Que tristemente soledades clama;
 En el ágil gorjeo del sinsonte
 Que amor de fuego con su luz inflama;
 En el valle de flores encendidas;
 En las altas coníferas del monte;
 En las playas de arenas marfileñas;
 En las costas de rocas abatidas;
 En las aguas que baten en las peñas;
 En las leves abejas que laboran
 El balsámico néctar de sus mieles;
 En las rosas flameantes que atesoran
 Florilegios de mágicos vergeles;
 En humildes violetas que se esconden;
 En bullentes orquídeas; en jazmines;
 En las lilas de pétalos ligeros;
 En claveles de fúlgidos carmines;

En ninfeas de plácidos esteros;
 En las nubes que lloran en el cielo
 Torrentes de vivíficos aljófares,
 Como sangre bullente que en el suelo,
 Concitando las ansias del anhelo,
 Estimula los gérmenes de vida;
 En las copias de leves mariposas
 Que tronco muerto entre su musgo anida;
 En el gélido mármol de las losas
 Que sellan con helor eternamente
 El abismo infinito de la mente
 Y el hondo casma de mortuorias fosas
 Con blanco velo y rigidez silente...
 Todo el orbe, Dios mío, reverbera
 Con feliz floración,
 ¿Cómo puedo gemir por la agonía
 Que me ofrece una vida pasajera
 Como sueño falaz de fantasía,
 De fugaz punición...?

[Escúchanse ruidos de fuera de escena, los cuales aumentan rápidamente.]

Ruido infernal... ¿Que ruge? ¿Qué sucede?

[Golpes fuertes en el portón.]

¿Quién clama? ¿Que turbión? ¡Decid quién clama!

[Golpes más fuertes; Don DIEGO recoge la pistola del piso.]

¡Así la mente con pavor se inflama...

¿Si una turba me agrede...?

¿Habré de disparar...? ¡Oh...! No quisiera...

[Entra una turba presidida por JULIO; asómase una fámula en los altos, sin ser vista por la turba.]

¿Qué significa tu furiosa entrada?

JULIO Es posible que mucho..., quizás nada...

TURBA ¡El esbirro maldito! ¡Muera! ¡¡Muera!!

DIEGO ¡Largaos, sierpes tábidas, inmundas,

Que irrumpís en mi límpida morada!

¡Vete, turba feral y emborrachada

Por pasiones mezquinas e iracundas!

JULIO Esta venganza que en mi pecho arde

Destruirá tu altivez;

Y te juro, canalla, que esta vez

Morirás como sátrapa cobarde.

Oye bien, que tu hermano

Pudo vilmente asesinar al mío,

De lo cual, si me duelo, me sonrío,

Pues no vertió su mano

El frasco de gratísimo veneno,

Ni en su dúlcida cólera tramó

La trampa consumada... ¡Lo sé yo!,

Mas lo tengo por bueno,

Pues es cómico y mágico, ¿no ves?:

Si la vida feliz une primero,

Con su golpe certero

La muerte parte sin amor después.

Mucho me alegra tu dolor aciago:

¡Antonio fratricida de su primo!

¡Así triunfa la hiel de tu racimo!

¡Me gusta, Diego, tu sangrón estrago!

DIEGO ¿Qué te atañe, bufón?

En la muerte feroz y victorioso,
 Que con su triunfo sepulcral nos pasma
 La vida y la razón...?
 Hice mal, ¡cuánto mal!, en complacer
 El fatal padecer
 De la indómita y ténebre pasión
 Que exigía venganza...
 Es perfidia... ¡Ah, Dios! ¡Es inclemencia...!
 ¡Sinrazón de la extática demencia...!
 La desgracia vehemente se abalanza
 Con veloz movimiento,
 Se despeña, se agita, se desata
 Su perfidia famélica e ingrata
 Su diabólico y ríspido tormento...
 ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, Creador omnipotente
 Que consuelas el cáustico dolor
 Con bálsamo de amor,
 Aplaca un poco la pasión ardiente
 Que enfurece y consume el alma mía
 Ante la mórbida traición, la impía
 Y atroz maldad; ante la muerte horrenda
 Del benévolo Diego, ¡de mi hermano!
 ¡Atiende mi oración...! No más descienda
 El odio vil del destructor arcano...!
 No más triunfe Satán... ¡No más...!

[*Entra la fámula que presencié el saqueo.*]

FÁMULA

¡Señor!,

No puedo, no, ya más callar en mí
 Lo que esta tarde de tumulto vi:
 Con la turba feral el vil traidor,
 Que dijo que a tu padre Don Manuel
 Ruinmente envenenó...

[*Rompe en llanto.*]

ANTONIO

¡Cómo! ¿Quién vino?

FÁMULA

¡Ay! Señor!, el diabólico asesino,
 Un lacayo maldito de Luzbel.

[*Vase corriendo.*]

ANTONIO

¿Quién ha sido...? (¡Me asfixio...!) No lo sé...
 Es extraño..., difícil..., no lo entiendo...
 ¡Febrígera maldad! ¡Engaño horrendo!
 ¿Quién dio la trama al infeliz Ramón...?
 ¡Como rayo de luz, ya lo comprendo!
 ¡Es Julio..., ¡vil!, el máximo felón...!
 Es tan obvia su infanda fechoría
 Trazada con sevicia delictoria...:
 Logró su calculada escapatoria
 Con la más infernal alevosía...
 Ninguna duda en mi cerebro queda...
 En el crimen cubierto por su hermano
 Tendió mi engaño con rastrera mano...
 ¡Venganza! ¡Dios venganza me conceda...!

[*Señala a dos de los paisanos anónimos.*]

Id ambos velozmente
 A matar al infando mayordomo,
 Que ya no escape... ¡La venganza tomo
 Que a Julio mate con furor vehemente.!

Id a darle terrífico castigo
Que llega ya la honrada ejecución
A finar del sicario que maldigo
El último rigor de su traición.

[*Vanse los paisanos señalados.*]

Debe estar en festejos embriagado
Al ver conclusa su feral acción,
Consumada su aleve imprecación
Con el crimen malvado.
¡Mas no crea tan pérfido canalla
Que ha matado la flama del honor...!
Con engaño falaz, y sin valor,
Quien mata muera... ¡Maldición...! ¡Estalla
El alma desolada en su agonía...!
¡Muera la hiena que, matando, calla!
¡Muera el verdugo de la sangre mía!

[*Silencio; escúchanse campanadas lejanas; silencio.*]

Nada obtengo con odio vindicando
Su engañosa y fatal alevosía...
El alma fiera punición ansía,
Aunque, tal vez, en vida perdonando
Su traición insidiosa,
Quebrantar se pudiere la maldad
Con cristiana y piadosa caridad,
No con ira ríscosa.
¡Mas lancé ya la cólera filosa
En que laten la rábida venganza
Y la fiebre de tétrica matanza!
¡Idos! ¡Idos! Id pronto a detener
La fiera ejecución, pues me parece,
Ya que tanta desgracia me acaece,
Que por crimen fatídico verter
En venganza más sangre, crimen es...
Es justicia, Señor.

GABRIEL
ANTONIO

Mas, ¿no lo ves?

Id enseguida. Detenedlos.

PAISANO

Vamos.

[*Vase.*]

GABRIEL

Si de Julio, Señor, nos olvidamos,
Si perdonas su crimen,
De nuevo matará.

ANTONIO

No, porque gimen
Su hermano y mis hermanos, reclamando
Justicia, caridad, perdón en suma,
No más sangre que en odio se consuma.

GABRIEL
ANTONIO

¡Señor, te matará...!
Mi pecho arde
Con ansias de perdón, que perdonando
Se disipa la furia.

GABR

Será tarde
Para darle castigo si matando
Triunfa el fiero traidor.

ANTONIO

Odie tan sólo vengador cobarde.
Es hora de oración... Al oratorio
Vamos, Gabriel, para lustrar el alma,
Que al fin nuestro rencor imprecatorio,

Cediendo al eco de olvidada calma,
Encuentre su final, naciendo nuevo
Perdón y paz, mientras amor abrevó.

[*Vanse. Telón. Fin del Acto IV*]

ACTO V

[*Jardín: diversos arbustos y alagrobos en flor; al foro, ermita o ara marmórea, sumada de un crucifijo; en la distancia, pinares y montes; entran Don ANTONIO y GABRIEL.*]

ANTONIO No te acerques, Gabriel, a mi camino...
GABRIEL Magno Señor, junto a la puerta quedo,
Pues, de esta forma, vigilando puedo
Detener al diabólico asesino.

[*Quédase en la puerta; Don ANTONIO acércase al ara.*]

ANTONIO En el mármol sagrado que se encumbra,
El silencio destila su penumbra...
Ha quebrado mi espíritu su vaso;
Se ha quebrado el altar;
El Sol ya se ha perdido en el ocaso;
La Luna ya no ríela sobre el mar;
La niebla se oscurece y se concreta;
La noche se resume y se desborda;
Las estrellas fenecen como en horda
De neblina secreta.
Nacarados nelumbios del delirio;
Libélulas azules de la fe;
Las rosas desangradas del martirio;
¡Todo a mi alma, cual llegó, se fue!
Todo a mi alma, como sombra ignota
Pasó en la furia del boreal bramido,
Dejando el foso de dolor henchido
Y la fontana rota.
La luz del cielo obscureció su albura;
Perdió el espacio su fulgor azul,
Y envuelve al éter la mortaja oscura
De tenebroso tul...
Cual bruma densa los luceros claros
En huecos negros enterraron luces,
Y en las esferas fenecieron cruces
De fulgurantes faros.
No me quedan los ecos de la calma;
Me punzan el dolor y la maldad;
He perdido mi alma;
Y ha muerto la infusión de la verdad,
Como mueren las aves en las olas
Y la hiedra en el mármol congelado
Al pasar el simún desenfrenado
Entre las piedras solas.
¡He perdido mi alma...! Sé perdido
El fuego que a la tumba descendió...
La esperanza fenece en el olvido
Que la tromba del ábrego arrancó...
Mi espíritu es la sombra de la muerte...

La muerte es el espejo del vacío,
 Y corre como río
 Al mausoleo de la mar inerte,
 Al sepulcro del frémito asesino...
 ¡Enterrar a los muertos es mi sino...!
 ¡Oh, Dios!, entre los vientos y la lluvia
 Camine este cortejo lentamente,
 Mientras muere del Sol la lumbre rubia
 Como faro final en occidente...
 Han caído las hojas del otoño,
 Al helarse las brisas del delirio,
 Sin que un día florezca su retoño
 En las ramas funestas del martirio...
 ¡Y han caído las flores del anhelo!
 ¡Y fenece el fogaje de tu cirio!
 Fría escarcha entre nieblas invernales
 Que nos cubren y envuelven con su velo,
 Ya concita penumbras sepulcrales
 En la sombra fatal del desconsuelo;
 Nos congela con lóbregos hechizos;
 Y en el mármol nevado de la tumba
 Nos diluvia su llanto de granizos...
 Frío viento mi espíritu derrumba,
 Mientras la verja funeral rechina,
 Chascan los gonces, chillan los ramajes,
 Y entra el féretro triste en los encajes
 De una sombra cetrina...
 ¡Es mi culpa, ¡mi culpa!, mi destino!
 La vida es una..., y una su alegría;
 Es uno el sueño..., y una su agonía...,
 Una la muerte..., y el terrible sino,
 ¡También es uno en la existencia mía!
 Deambular en el páramo desierto,
 ¡Ese es el fin donde mi luz ha muerto!
 Es mi eterno destino el sufrimiento,
 Cual del águila el aire por que vuela;
 En el éter, del Sol, el Firmamento,
 Y en el lago, las ondas donde riela.
 No del seco zarzal son los claveles,
 Ni las rosas florecen en la tuna;
 No producen los líquenes, laureles;
 Ni ninfeas, sulfúrica laguna.
 Como el árbol del mal y de la muerte,
 Soy la sombra fatal de la conciencia,
 Y destruyo los lirios de la suerte
 Con el cieno feroz de la demencia.
 Sólo acierto a dañar con mis espinas;
 Sólo acierto a matar con mis despojos;
 Y mis frutos son tétricas inquinas;
 Y mis flores, satánicos abrojos.
 Soy cadáver de fósiles, inerte,
 Aunque bullan la risa y el contento;
 ¡Que, cual árbol del mal y de la muerte,
 Es mi eterno destino el sufrimiento!

[Vése un humo oscuro, entre luces extrañas.]

¿Qué veo...? ¡Sombras! Por los aires vaga

El humo negro de la noche triste,
 Y un ancho río veleidades viste,
 ¡Torrente azul de la ilusión aciaga...!
 En las nieblas del río turbulento
 Que fluye raudamente hacia la mar,
 Con el agobio de mi cruel tormento
 Sólo puedo llorar...
 ¡Cuántos horriblos resplandores veo!
 Puedo tan sólo estrépitos oír...
 Y de la vida nada más deseo
 Que me deje morir...
 Sublimes sueños de celeste gloria
 Como los soles de marmóreo dios,
 Ya no brilláis en mi fugaz memoria...
 ¡Adiós, sueños, adiós...!
 Es el otoño de las hojas secas
 Como el entierro de los dioses muertos,
 Como sepulcros que ya están desiertos,
 Como el desfile de los zacatecas...
 Es la penumbra de la humeante nieve
 De arboledas desnudas de follaje,
 Y de las hojas como muerto encaje
 Entre la noche del augurio leve.
 ¡Oh!, tú que matas el vivaz retoño,
 Tú que fulminas a la tierna vida,
 Clava en mi alma que se va perdida
 Tu punta fría de puñal de otoño.
 ¡Oh, viento fuerte que infeliz te arrojas
 Contra los árboles estremecidos
 Que por tus látigos y tus bramidos
 Sin esperanzas quedarán sin hojas!
 No elevas sólo contra el negro cielo
 Mi augusta capa y la hojarasca seca,
 Mientras tu canto en rechinar se trueca
 Entre los árboles y mi desvelo.
 Más bien arranca de la Tierra oscura
 Mis pies, mi cuerpo, mi ansiedad, mi vida,
 Y lleva al Cielo con mi alma herida
 El cáliz seco de la sangre pura;
 Más bien cercena de mí corazón
 La más vital de sus vibrantes notas,
 Y con la sangre de sus venas rotas
 Mancha de púrpura mi decepción...
 Mancha, sí, mancha con horrenda saña
 Esta inútil razón que me desvela,
 Esta insondable incompreensión que riela
 En la infinita soledad que habito,
 Mientras el Sol en el ocaso engaña
 Con un fulgor para mi fe maldito...
 ¡Oh, cuánta lluvia la visión empaña!
 ¡Oh, cuánto llanto en mi prisión agito!
 ¿Qué horrible arcano el cielo misterioso
 Entre las nubes inclemente esconde...?
 Si me pregunto de lo etéreo dónde
 El rayo fiero con terror astroso,
 Cual sello infando, surgirá glorioso,

Dando con ira su potente flama
 Sobre la tierra que el dolor reclama,
 Sobre la mar que el vendaval agita,
 ¡Sólo el estruendo del espacio grita!,
 ¡Sólo la muerte el huracán derrama...!,
 ¡La insania sólo en el turbión se excita...!
 En la esquina sombría de la fosa
 Donde tiemblan las horas desoladas,
 Sin descanso en la sombra tenebrosa,
 Se desmaya mi alma...
 En las nieblas oscuras temblorosa,
 Entre piedras y musgos apoyada,
 Abatida, sin Fe, tiembla de frío,
 Y sin paz se desangra solitaria...
 De las negras estrellas del hastío,
 En la nada infinita y milenaria,
 Duerme acaso perpetuo desvarío,
 Sueña acaso terríficos suplicios,
 Tuerce acaso famélicos cilicios,
 Siente acaso nefasta clarinada,
 Se despeña en terribles precipicios,
 O se ha muerto en la nada...
 ¡Pronto la noche...! No, ninguna lumbre
 Romperá las tinieblas de mi alma...
 Mas, poco importa... La penumbra envuelve
 La luz del Sol, la tempestad, la cumbre,
 El valle, el río, la ilusión, el llanto,
 El rayo que en las nubes se disuelve,
 Y en un turbión mi colosal quebranto...
 ¡Oh, cuando falta el resplandor del día
 Y a la vez no hay tinieblas en la noche....!,
 ¡Cuánto brillan luceros en derroche
 De falaz fantasía...!
 Luce el cielo magníficas estrellas
 Que ya no existen ni existieron nunca,
 Y una Luna mentida en sus querellas
 Con la lisonja de sus luces trunca,
 Que nada en la distancia es perceptible
 Sin falacia de luz entre su sombra,
 Ni hay verdad que se eleve del abismo
 Donde duerme en su concha de cinismo
 La luz de un Sol que se juró en su ocaso
 Llamar vida a la muerte de su paso.
 Al alba siguen lerdamente el día
 Y el calor del desierto en su sevicia,
 Cual maldito dragón cuya estulticia,
 Agostando la mística delicia
 Que el alba derramó, da su agonía
 Para espanto del orbe y para espanto
 De todo bien que se disuelve en llanto.
 Llega Vésper al fin, y el fuego acalla,
 Mas pronto sigue a su marfil la noche,
 Y en su derroche de mentira estalla
 El fuego fatuo como soplo inerte
 Del cadáver roído por la muerte.
 Si Aurora y Venus, al pasear su lumbre,

Semejan redención de la agonía,
 Poco cuentan al verse destronadas
 Por Sol candente o estrellada cumbre,
 Pues vierten con mortíferas espadas:
 La noche, engaño; maldición el día...
 ¡Y así deambulo con el alma inerte
 Por el campo arenoso de la muerte!

[*Hay una ebullición en el aire.*]

¡Oh, visión infernal...! ¡Larvas tremendas...!
 Se levantan espectros blanquecinos
 Como arcángeles rígidos de mármol,
 Sobre perlas de cráteres endrinos
 Espumando las aguas congeladas.
 Saltan ranas con patas de zafiro
 Y con lenguas de plata laminadas;
 Anfisbenas de chispas fulgurantes;
 Libélulas de sangre;
 Luciérnagas de polvo sideral;
 Dragones coruscantes;
 Mariposas con hebras de diamantes;
 Del Tártaro serpientes de metal;
 Cariátides monstruosas del Averno;
 Manes del cieno; espíritus del aire;
 Alados hircocervos de marfil;
 Cansinos basiliscos con espiras;
 Corindones con patas de vampiro;
 Luceros negros en purpúreo giro;
 Euménides con hiedras en sus liras;
 Cocuyos de marmóreas fumarolas;
 Escorpiones con flamas en las colas;
 Opalinas quimeras;
 Impávidos endriagos, y panteras
 Flameando frenética impulsión.
 Mas, de pronto, las luces se amotinan,
 Y el Averno, clamando su alarido,
 Lanza abrupto tañido,
 En las fauces inicuas del Dragón.
 Se levantan serpientes estinfálidas,
 Concitando a las hidras del ocaso;
 Y se agitan cariátides escuálidas,
 Resquebrando las alas de Pegaso.
 Salta el fiero Ladón al Firmamento,
 Mientras Set ata a Osiris en la pira,
 Y Tifón, exhalando su candela,
 Llamaradas malélicas enzela,
 Con las conchas sulfúreas del tormento.
 La luz áurea, con gárgolas, expira,
 Y se elevan las olas de la ira
 Con que pulsa Gerión sus anatemas.
 ¡Oh, tremendos esquemas
 Con que hierve la sirte funeral!
 ¡Triunfan ecos de espantos carroñosos,
 Con los tronos tartáricos furiosos,
 ¡Pepi!, ¡Tiamat!, ¡Tifón!, ¡Vritra!, ¡Belial!
 ¡Langostas aceradas de mi patria...!
 ¡Clavad en mi dolencia la ponzoña

Que vertís en fanática carroña
 Con las iras del bárbaro final!
 ¿Qué veo...? ¡Fuego! ¡Cristo desolado
 En el huerto febril de la traición!
 ¡Soledad sepulcral...! ¡Huerto enlutado...!
 ¡Angustia fiera de mordaz pasión...!
 Bajo un cielo sin luz que se oscurece,
 Y ante rocas estériles sin nombre,
 Dios, el Hijo, se duele por el hombre,
 Y su faz sacrosanta palidece.
 Cual ofrenda sublime al Padre eterno,
 En las rocas el fuego fosforece,
 Y en su lumbre salvífica parece
 Que se apagan las flamas del Infierno.
 No se anima el Señor omnipotente
 Con el santo calor del fuego externo,
 Porque oprime, flamígero e interno,
 Otro fuego su espíritu y su mente.
 Hay un cáliz y pan sobre la piedra,
 Y fragancia de olivo en el ambiente;
 Chilla el búho su cántico doliente,
 Y fenece la flor entre la hiedra.
 Los rosales de grana se desfloran;
 En la sombra la zarza solo medra;
 Mas la luz a los pérfidos arredra
 De los justos que a Dios fieles adoran.
 Y en la entrada del huerto solitario
 Los apóstoles duermen y no oran,
 Mientras labios de Dios a Dios imploran
 Al umbral de la Cruz y del Calvario.

[Desaparecen las visiones; pausa en silencio.]

Temblando veo la prisión impía
 Do pasa la guadaña de la muerte,
 Erguida entonces en enhiesta arpía
 Del alma herida en la penumbra inerte;
 Y el fuego veo cuando ciego cruzo
 Por escamada y polvorienta nube
 En el fogaje muzo.
 ¡Entre las sombras de mi corazón
 El filo del dolor es solo mío,
 Como espina de un ófrico zarzal,
 Fatídica y agreste maldición,
 La flama del Infierno
 Que en la penumbra del dolor interno
 Es ímpetu de ráfaga boreal,
 Y mares verdinegros de la calma
 Que en las ondas sangrantes del ocaso
 Desbordan en mi vaso
 El ajenjo fatídico del alma.
 ¡Tanto dolor mi pensamiento embarga
 Que se pierde mi lóbrega bandera!
 ¡En este pase la tristeza alarga
 La muerte negra, la angustiada espera!
 ¡Y me envuelve fatal presentimiento
 Como mancha de muérdago medroso,
 Al gotear el efuso tenebroso

Del ocaso sangriento!
 ¡No se puede apartar esta amargura!
 ¡No se pueden pasar estos instantes!
 Me turba tanto el alma la tortura
 Que ya no sé lo que sabía antes...
 ¡No sé si pueden ser estos suplicios
 El azufre maldito del Infierno,
 Que con témpano helado del invierno
 Quema vil eclosión de maleficios...!
 ¿A dónde corre el río que se seca...?
 ¿Se confunde en las sombras de zafiro...?
 ¿Concretando su espíritu se trueca
 En la sangre infinita del suspiro...?
 ¿O se eleva cual lágrima de hiedra,
 En la noche sin fin del firmamento,
 Por las débiles ráfagas del viento
 A la Luna de piedra...?
 ¡Así el torrente azul del pensamiento
 Entre los vacuos del desierto medra...!
 Se alucina mi mente en soledades
 Y se engaña mirando las estrellas,
 ¡Sin saber que murieron todas ellas
 En lejanas edades!
 ¡Oh, vergel del pasado sin regreso!,
 Dime a dónde se fue todo mi empeño,
 La esperanza, la fe..., ¡triste beleño
 De mi espíritu preso!
 ¡No importa a dónde fue...! ¡Nada me importa!
 ¡Perdona, ¡Dios!, si mi fervor se acorta!
 ¡Sólo pido por bien quedarme yerto,
 Sin la sombra fatal de la amargura,
 Terminada, por fin, mi desventura,
 Eternamente muerto...!

[*Entra JULIO; GABRIEL desenfunda una pistola.*]

GABRIEL ¡Alto! ¡Para! ¡Disparo!

[*JULIO arrodillase ante Don ANTONIO.*]

JULIO ¡Mi Señor!

ANTONIO Morirás, ¡oh, traidor!, como las ratas,

JULIO ¡Al matarme. Señor, tan solo matas

A tu fiel servidor!

Excelente Señor, ¡ay!, yo no vengo

Cual traidor vengativo,

Ni con gesto frenético y altivo,

Sino a dar la verdad, como la tengo

En mi mente angustiada:

No es malvada, Señor, esta intención,

Ni culpa tengo de tan mala acción

Como fue perpetrada.

Sé ya, Señor, que asesinó mi hermano

A tu padre glorioso, pero yo

No di ayuda al canalla, ¡no!, ¡yo no!

Jamás manché con la traición mi mano.

[*Don ANTONIO hace señal a GABRIEL.*]

ANTONIO ¿Ya ves, Gabriel, que la cabeza sola

Sin motivo enloquece,

Sin razón contundente se enfurece,

Y calumnia con ímpetu fatal...?

¡Guarda ya la pistola!

[GABRIEL obedece; JULIO se levanta lentamente, acercándose a Don ANTONIO, quien se dirige a él.]

No te culpo ya, Julio, de este mal

Que me estremece con fragor tan fiero.

Juré matarte, pero ahora quiero

Poner justo final

A tan hórrido y mísero delirio.

Olvido mi rencor.

¡Retorne al fin el fraternal amor!

¡Termínese tan bárbaro martirio!

[JULIO, ya junto a Don ANTONIO, apuñaléalo en el corazón, mientras exclama lo siguiente.]

JULIO ¡Oh, feliz acechanza!

Si el rencor, mi Señor, ha terminado,

Con mi férreo puñal he consumado

La tremenda venganza.

[Don ANTONIO cae muerto al instante; JULIO retrocede en seguida; GABRIEL le dispara dos veces, y JULIO cae herido de rodillas, mientras GABRIEL exclama lo siguiente y se aleja.]

GABRIEL ¡Vete al Tártaro, cuélebre maldito,

A quemarte entre azufre y entre llamas!,

Que a Satán el feroz tan sólo amas...

Perdonarte es delito.

Dos tiros tienes..., y de muerte estás...

Y la turba nefasta no te libra...

[Vase; JULIO logra ponerse de pie con gran esfuerzo, por poco tiempo; grita primero, y su voz va apagándose poco a poco.]

JULIO ¡Hoy la flámula vibra

De mi gloria, ¡cretino!, ya verás!

Pues hoy, ¡imbécil!, por mi mano queda

El Conde de Rigalba muerto, ¡muerto!,

Lo que establece por fielmente cierto

Que no nadie que pueda

Detener la vehemente voluntad

Del pueblo ardiente, libertado, fiero;

¡Nada pueden las armas ni el dinero!

Ni pueden nada el odio, la amistad...

[Doblégase hasta caer.]

¡Ay...!, me duele.... ¡Nunca! ¡No! ¡Ay, me muero!

[Escúchase la voz de Satán.]

SATÁN Fatal condenación.

[JULIO intenta levantarse, sin poder.]

JULIO Oigo voces... extrañas..., pero son

Fantasías... No quiero...

SATÁN Acata tu terrible realidad.

[Avecínase una tormenta que va arreciando.]

JULIO Maldita voz... ¿Quién eres...?

SATÁN Salvación de mi voz jamás esperes,

Ni esperes tu perpetua libertad.

JULIO ¡Velo de sombras! Todo negro...

SATÁN Mueres.

JULIO ¡Voz de tinieblas! Espejismo...

SATÁN Mueres.

JULIO ¡Cállate larva, que te callo...!

SATÁN Mueres.

JULIO Ser fantástico..., falaz..., voz sin vida...,

Callarás.

SATÁN Fuego.
 JULIO Mientes... Voz...
 SATÁN Deicida,
 Ya tu espíritu negro se condena
 En perpetua, infinita maldición.
 JULIO Borrará tu falacia... para siempre...
 Te daré... las tinieblas... de la noche...
 Mataré... tu ficción...
 Te daré..., ¡oh, la noche...!, negra pena...
 De la luz... soy derroche...
 SATÁN Las sombras son tu mísero destino.
 JULIO Las sombras..., sombras..., ¡no! ¡Piedad!
 SATÁN Cese ya tu terrífica alegría,
 Pues en bárbara orgía
 Has vivido vertiendo la maldad.
 Y si en vida tu pérfida ambición
 Fue del crimen maléfico instrumento,
 Llegas hoy al eterno sufrimiento
 De la más espantosa punición,
 Donde vomita su voraz tormento
 La rabia del satánico dragón,
 Donde la rabia del dragón concita
 La plaga negra en tu cerviz maldita.

[JULIO intenta moverse por última vez; desátase una tormenta; cae un rayo sobre JULIO, a la vez que se escucha un trueno descomunal; salen flamas de abajo, tragándose a JULIO de la vista del público; al ceder el ruido del trueno, tocará una trompeta un do breve, seguido de un sol largo; inmediatamente comienza un redoble de tambor que durará hasta que cayere el telón, y a la misma vez, el mayor número posible de voces fuertes y graves formará un coro invisible. En cinematografía, simultáneamente con el Coro que sigue, el incendio se extenderá, devorando sucesivamente el jardín, el palacio, la hacienda, la comraca y aun toda la isla, mientras la cámara se aleja hacia la estratósfera, y el humo se hace más denso y obscuro hasta que el humo negro, circundando el orbe terráqueo, llenare la pantalla.]

CORO ¡Ay del día colérico de ira
 En que el mundo terrible será pira
 Y arderá la feroz humanidad!
 ¡Será día tremendo de venganza,
 En que Dios fijará toda balanza
 En el rígido fiel de la verdad!

[Telón rápido. Fin del Acto V.]